

ENRIQUE A. LLOBREGAT CONESA

«CONTESTANIA IBERICA»



*INSTITUTO DE ESTUDIOS ALICANTINOS
ALICANTE, 1972*

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE
PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ALICANTINOS

(Del Patronato José M.^a Quadrado del C. S. I. C.)

S E R I E I I

Número 2

Depósito Legal, B. 38 - 142 72

RIEUSSET, S. A. Compañía General de Industrias Gráficas - Sepúlveda, 88-94 - BARNA - 15

(cop. = 1007550)

SERVITIO INVESTIGATIONIS PRAEHISTORICAE
VALENTINAE DEPVATIONIS
EIVSQVE RECTORIBVS
DOMINICO FLETCHER VALLS
ET
HENRICO PLA BALLESTER

OB TANTAS DISCIPLINAS
TANTAQVE MONITA ET CONSILIA
IN ARCHAEOLOGICA ARTE

MAXVMAS GRATIAS AGENS
HOC QVAMQVAM EXIGVVM MONVMENTVM
DEDICO

LVCENTI CONTESTANORVM
KAL. SEPTEMBRIS A.D. MDCCCCLXXI

PROLOGO

Un análisis, aun somero, de la bibliografía actual sobre la cultura ibérica, nos permitirá comprobar rápidamente hasta qué punto faltan estudios sobre temas básicos. En realidad, la masa de publicaciones se divide en dos series: por una parte estudios generales, que pretenden abarcar el conjunto de la problemática, síntesis ya sea a nivel de introducción, ya planteando problemas más a fondo; por otra las monografías versando sobre un yacimiento o una campaña de excavaciones a un yacimiento —las memorias de excavaciones—, o bien sobre alguna pieza notable o algún aspecto muy concreto, como las cuestiones de lengua y alfabeto o las monedas acuñadas en cecas indígenas. Entre ambos grupos, existe una amplia zona intermedia en la que muy escasos investigadores se han arriesgado. El hecho resulta especialmente grave para la madurez de nuestros estudios. Porque resulta evidente que sin una serie previa de estudios parciales, pero amplios y a fondo, sobre multitud de temas, no es posible elaborar síntesis rápidas con un mínimo de seguridad y de real aproximación a la historia de los iberos. En definitiva, estamos muy lejos de haber alcanzado el nivel que a primera vista se podría sospechar vistos los casi cien años transcurridos desde los primeros hallazgos arqueológicos y los centenares de títulos publicados.

En efecto, no poseemos, por ejemplo, catálogos sistemáticos de yacimientos y de hallazgos ordenados por áreas geográficas. Lo cual no sólo representa un grave vacío en la información general, sino que además impide el planteamiento a fondo de las relaciones entre los pueblos o tribus conocidos a través de las fuentes escritas clásicas y la cultura material representada por los resultados de las investigaciones sobre el terreno. Las «cartas arqueológicas» al uso, por su discutible sistema, su sequedad y brevedad, no resuelven más que en mínima parte el problema, y aun así sólo se ha publicado dentro del área ibérica la correspondiente a la provincia de Bar-

celona. Ante tal estado de cosas, obvio para cualquier investigador que se haya preocupado de problemas ibéricos, la aparición del libro que prologamos representa una novedad considerable y el primer paso de un camino que resultará indispensable que sea seguido por otros investigadores de las restantes zonas del mundo ibérico. Por primera vez tenemos el catálogo de la cultura ibérica en una zona concreta, el territorio meridional del País Valenciano, realizado con amplitud suficiente que alcanza tanto al estudio de los yacimientos capitales del área en cuestión como a los pequeños hallazgos o a las estaciones que todavía esperan adecuado estudio.

Se trata de un área con evidente personalidad, en parte porque sin duda la tuvo en la época que nos interesa, pero en parte también porque es sin duda una de las que han sido más estudiadas por lo menos a nivel de amplias excavaciones en poblados y ciudades: no es fácil hallar otra zona ibérica, de extensión semejante, en la que puedan contarse y aprovecharse para la investigación tantos yacimientos arqueológicamente básicos como La Bastida de les Alcusses de Mogente, El Puig, La Alcodía de Elche, el Tossal de Manises con su necrópolis de la Albufereta, La Serreta de Alcoy, la Covalta de Albaida, El Puntal de Salinas con su necrópolis, La Escuera de San Fulgencio, todos ellos centros excavados con intensidad, a los que hay que añadir las dos importantes necrópolis de El Molar y de Oliva, más una serie de otros poblados medianamente conocidos a través de excavaciones de menor intensidad. Si a ello añadimos que se trata del área más septentrional de la gran escultura, de la zona en que mayormente aparece el estilo pictórico simbólico (el llamado Elche - Archena) y en el que asimismo está bien representado el estilo narrativo (el denominado Oliva - Liria) y que, por fin, ha dado inscripciones en alfabeto griego, turdetano e ibérico, resulta fácil darse cuenta de lo que puede representar para los estudios ibéricos

un análisis de tal conjunto de materiales, realizado con ambición de síntesis.

Hasta aquí nos hemos referido a la parte estrictamente arqueológica. Pero se plantea también un aspecto no menos importante. A la hora de delimitar el campo de trabajo, el autor ha rechazado las divisiones provinciales, siempre arbitrarias pero que por su comodidad se emplean con excesiva frecuencia en estudios históricos, para ir a buscar el marco más idóneo: el que marca la propia época estudiada. Se ha tratado de relacionar la documentación exhumada por la arqueología con el pueblo o tribu establecido sobre el mismo territorio inmediatamente antes de la romanización, es decir, los contestanos.

Se ataca así un problema clave en los estudios de historia ibérica. Por una parte intentar delimitar el área de cada tribu o pueblo. Por otra el ensayo de vincular la cultura material con sus posibles variantes con cada uno de estos grupos de los que sólo conocemos el nombre. Problema ciertamente arduo porque la parca información de los textos griegos y latinos no permite establecer límites seguros. De ahí que exista una ya larga tradición, cuyos representantes más destacados con Othmer y Bosch Gimpera, de relacionar las informaciones de los clásicos con las realidades geográficas y humanas manifestadas por las comarcas. Se ha buscado un marco geográfico coherente para cada tribu, con sus probables fronteras naturales, apoyándose además en la situación histórica manifestada en época post-ibérica —especialmente durante los tiempos medievales—. En el caso de los contestanos, como podrá comprobar el lector en el texto del estudio, en líneas generales el problema no es de los más difíciles: la frontera del Júcar por el Norte y las tierras en parte antiguamente pantanosas y en parte desérticas de la zona del Segura en el Sur marcan dos líneas difícilmente discutibles. Mucho más incierta resulta la extensión hacia el interior, territorio del que se dispone de escasísimos yacimientos. Pero en todo caso parece evidente que la frontera de poniente debe de colocarse algo más allá de la ruta de comunicación de Játiva a Almansa, por la Costera. El territorio contestano vendría articulado así por dos grandes rutas naturales que lo atraviesan de Norte a Sur, siguiendo de cerca sus límites por el mar y por el interior, y que sobre el mapa forman una especie de rombo. Este «rombo contestano» de vías capitales podría explicar muy bien contribuir a la unidad humana del territorio, mucho más si se tiene en cuenta la existencia de otra línea central, también de Norte a Sur la ruta Játiva-Albaida-Alcoy.

Discutiendo los límites, estamos dentro de la tradición. A nuestro juicio, tema mucho más complicado y sin duda más importante es otro. En efecto, se discuten los detalles de los límites de

las tribus ibéricas, pero apenas se ha parado mientes en el fondo del problema: ¿qué representan los nombres de grupos ibéricos que leemos en las **fontes**? ¿Qué se esconde bajo las denominaciones de contestanos, edetanos, laietanos, ilergetas, etc? ¿Se trata realmente de grupos con personalidad propia y diferenciada, etnológicamente definibles, o bien su presencia depende en lo fundamental de estructuras políticas más o menos momentáneas? Si la segunda hipótesis resultara válida se explicaría con mayor facilidad las diferencias de límites que aparecen en los autores clásicos según se trate de escritores de una época u de otra, y el intento de fijar «fronteras» de los comentaristas modernos perdería buena parte de su sentido. No olvidemos que podríamos hallarnos ante un caso similar al de los reinos de taifas, en cuyo desarrollo histórico desde el punto de vista geográfico nos encontramos con unos núcleos reales, válidos, pero cuyas fronteras son momentáneas, pues dependen del mayor o menor empuje militar de cada uno de ellos en un momento dado y de la debilidad guerrera de sus respectivos vecinos. En cambio, si consiguiéramos demostrar que los nombres de los pueblos tienen detrás un contenido etnológico diferenciado (aunque fuera por simples matices dentro del conjunto ibérico), la cuestión sería muy otra. Hay que advertir, de todas formas, que no es de esperar que tal diferenciación pueda establecerse con un solo elemento, por destacado que ahora nos pueda parecer visto con la óptica de los investigadores actuales. Estamos de acuerdo con Caro Baroja sobre la futilidad de querer derivar rasgos etnológicos de estilos cerámicos, por ejemplo. La unidad estilística de las cerámicas pintadas de tipo narrativo nos ofrece una lección que no podemos desperdiciar: Oliva, Liria y Alloza pertenecen a tres pueblos o tribus distintas, a pesar del evidente parentesco de sus pinturas.

Sin duda ante tales problemas, de momento insolubles, el autor ha preferido el título de **Contestania ibérica** a otro más ambicioso, pero también más problemático, que hubiera podido ser **Los contestanos**. Ha hecho bien de no dejarse llevar por un excesivo optimismo sobre las posibilidades de resolver, por el momento, los problemas históricos capitales. Estamos, y estaremos durante muchos años, en una fase de análisis de materiales y de planteamientos de nueva problemática antes de poder alcanzar resultados históricos coherentes con base firme.

Son tantas las sugerencias que ofrece la lectura de estas páginas que nuestros comentarios podrían extenderse largamente, contra la necesaria brevedad de un prólogo. Pero no queremos cerrar estas líneas sin recordar rápidamente algo más personal, vinculado directamente con la elaboración del libro que hoy se publica. Este estu-

dio fue la Tesis Doctoral de Enrique Llobregat, nacida y elaborada dentro del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia, en el que durante largos años convivimos con un grupo entrañable de discípulos, entre los que el autor de esta obra ocupó un lugar muy destacado. Trabajábamos en equipo y en nuestros extensos diálogos, en los que creo que aprendí tanto o más que enseñé, la problemática del mundo ibérico era una de los temas básicos. Como resultado de aquella convivencia Llobregat aceptó la sugerencia de estudiar la Contestania y se estableció un plan de trabajo que comprendía todo el territorio valenciano, quedando para otros colegas las tierras al norte del Júcar. Cuando las investigaciones de Llobregat habían alcanzado ya una madurez considerable, unas brillantes oposiciones realizadas ante un tribunal competente y honradamente neutral le dieron la plaza de Director del Museo Arqueológico de Alicante, en 1965. Fue una circunstancia feliz, que le ha permitido reelaborar desde el centro neurálgico de la arqueología de las tierras valencianas meridionales lo que había sido tema de sus preocupaciones durante mucho tiempo. Así podemos tener la seguridad que el presente estudio representa el máximo que hoy se podía sacar del tema, con el enfoque que le ha sido dado por el autor. Puede lamentarse que no haya podido aprovechar a fon-

do los yacimientos importantes cuya lista hemos esbozado antes, pues no debe olvidarse que unos han sido publicados de modo definitivo sólo en parte, como la Bastida, y otros como el Puig y La Serreta tendrán dentro de poco estudios exhaustivos hoy no finalizados.

Buena parte de este estado de cosas, sin embargo, el autor lo ha podido salvar porque conoce a fondo los materiales inéditos o publicados a medias de los yacimientos citados, algunos de los cuales se hallan bajo su custodia en el Museo Arqueológico de Alicante, como los de Albuferta y el Tossal de Manises, o los del Molar y la Escuera. Por otra parte, si hubiera esperado a ver publicados los yacimientos importantes, de modo exhaustivo, la visión de conjunto que ahora nos ofrece se hubiera demorado tanto, que todos los investigadores habrán de agradecer la «precipitación» establecida, eso sí, sobre sólidas bases de conocimiento.

Y para terminar: entre los muchos beneficios que reportará a los estudiosos del mundo ibérico este trabajo de Enrique Llobregat, quizá no será el menor la posibilidad de que otros investigadores realicen sobre zonas diversas en las que floreció la civilización ibérica ensayos de síntesis similares. ¡Cuánto avanzaría nuestro conocimiento sobre las más brillantes de las civilizaciones peninsulares antiguas!

M. Tarradell
Excavaciones de Pollentia (Mallorca)
Julio, 1971.

INTRODUCCION

Como ya indica el profesor Tarradell en el prólogo, el núcleo fundamental de este estudio lo constituye la Tesis Doctoral del autor, sostenida en la Facultad de Letras de la Universidad de Valencia en junio de 1967, ante un tribunal compuesto por los profesores Dres. M. Dolç y Dolç, decano, J. San Valero Aparisi, A. López Gómez, A. Ubieto Arteta y M. Tarradell Mateu, Ponente, y que obtuvo la máxima calificación.

El tiempo transcurrido desde la redacción del estudio, que ocupó de noviembre de 1966 a mayo de 1967, hasta el momento actual de su publicación, la cantidad de trabajos y de hallazgos surgidos con posterioridad a la fecha de su terminación, la meditación y mejor conocimiento de algunos extremos por el autor, que ha seguido laborando sobre el tema desde entonces, todo ello aconsejaba una revisión profunda. No era desde ningún punto de vista válido el presentar el texto redactado entonces, ni por su extensión (casi el doble de la actual) ni por su prolijidad, ni tampoco desde una perspectiva científica, toda vez que hallazgos nuevos hacían periclitarse aquella primitiva redacción. Por ello, ante la ocasión de su publicación inmediata por el Instituto de Estudios Alicantinos, pareció oportuna una condensación del texto por una parte y la inclusión de los hallazgos acaecidos, así como de la bibliografía publicada desde su redacción. La experiencia de los cambios y novedades que sólo cuatro años transcurridos pueden aportar hace que el autor se sienta tremendamente pesimista sobre el futuro de su obra, condenada a un veloz envejecimiento, al cual él será el primero en contribuir con nuevas investigaciones. Ello no obstante, el libro se da a la imprenta, y las razones de hacerlo han sido claramente expuestas en el prólogo para que haga falta volver aquí sobre ellas. Esta introducción quiere tan sólo dar relieve a algunos puntos y señalar aquellos otros cuyo análisis es por el momento invariable. Del mismo modo interesa definir conceptos que a lo largo del texto aparecerán sin mayor aclaración y que es oportuno presentar de entrada.

El llevar a cabo este estudio fue en sus orígenes una labor de pie forzado, motivada por el traslado a la dirección del Museo Provincial de Alicante. Nuestra labor investigadora a la sazón era muy otra, una amplia síntesis sobre el Calcolítico peninsular que algún día verá la luz, y que podíamos llevar a cabo desde la Facultad de Letras de Valencia contando con la rica biblioteca especializada del SIP. El traslado a Alicante significó de entrada la falta de bibliografía y de posibilidades de movimiento para acabar aquel estudio emprendido, y fue preciso repensar los temas y elaborar una tesis doctoral que pudiese llevarse a cabo desde la nueva residencia. La elección fue obvia, dados los ricos fondos del Museo alicantino y de los demás Museos de la provincia: Alcoy, Elche, Villena. El trabajo versaría sobre la cultura ibérica. Y aquí comenzaron los problemas con el intento de delimitación de lo que habría de devenir área a investigar. La solución final puede verse en el capítulo de la geografía histórica donde se da amplia razón de los motivos que condujeron a circunscribir el área contestana. Qué significado pueda tener este topónimo también se analiza. Baste pensar que a los efectos de nuestra investigación el nombre se emplea a título de etiqueta cómoda, con carácter de esquematización pedagógica, pues todavía hoy estamos sin saber a qué pudieron corresponder estos apelativos del romano invasor, forjados quizás en una etapa avanzada de la romanización (que bien sabido es que nadie da nombre a su propio país sino los extranjeros que lo visitan, como ampliamente ha mostrado Américo Castro al analizar el gentilicio «español»).

En el análisis ulterior tienen la parte del león los yacimientos mejor conocidos, sobre los que —salvo raras excepciones importantes— han sido elaborados los intentos de síntesis. Ciertamente es prematuro usar de ellos, no estando publicados por extenso la mayor parte de los poblados. El conocimiento de visu de sus materiales, y el estudio de los mismos, obtenido muchas veces de la gentileza de sus halladores o conser-

vadores, es lo que puede en último término validar su análisis, en el interin tan ricos conjuntos son publicados. Por ello, en lugar de los extensos inventarios que en la redacción primitiva acompañaban a los capítulos de cada yacimiento, se ha reducido las noticias a lo publicado de alguna manera, y confeccionado unos cuadros sinópticos sin pretensiones exhaustivas que permiten hacerse una idea rápida de las características ergológicas de la cultura ibérica contestana.

En cuanto al catálogo de yacimientos contestanos simplemente prospectados, hemos procurado reconocer los más posibles, tarea no siempre fácil, y además hemos añadido el fruto de nuestras propias prospecciones o de las de otros colaboradores aficionados, que se citan en los respectivos lugares. La búsqueda de muchos de los materiales citados en esas noticias ha sido infructuosa, al tratarse de prospecciones que se remontan a fechas tempranas del presente siglo, cuyos inventores han muerto o disuelto sus colecciones en las de instituciones que a su vez también han perecido, al menos en lo que a este aspecto se refiere. Por ello sólo se ha utilizado en la síntesis cultural materiales directamente vistos por el autor dentro de esta masa de noticias de variado tipo.

A la hora de elaborar esta síntesis algunos campos permitían un estudio acabado y al día. Otros en cambio, especialmente los que se analizan a través de datos de segundo grado de elaboración, como son los sociológicos, económicos y políticos, requieren una metodología investigadora no nata en nuestro país, donde aún nos faltan los rudimentos más elementales del estudio de la economía antigua (reducida por lo común a listas de producciones obtenidas de las fuentes clásicas, que además no nos valen para este período ni esta área geográfica), o de la sociología antigua. No siendo especialista en tales campos, he debido limitarme, a un recuento honesto de las posibilidades sin fantasear con exceso, otro de los achaques que puede atribuirse con frecuencia al historiador o al arqueólogo falto de método como acontece en estos temas.

En ese análisis de la cultura ibérica contestana, me he apoyado cuando me ha sido posible, en la labor de los investigadores recientes que han dedicado monografías a diferentes temas: habría sido intento absurdo volver a elaborar lo que ya estaba hecho y bien. En todo caso se apuntan los recelos que puedan producir algunas de las afirmaciones dentro del contexto contestano.

Hay, sin embargo, aspectos que permitían, bien por la abundancia de materiales, bien por su señalada espectacularidad e interés, la realización de excursus amplios: así se ha hecho con la moneda, con las inscripciones y la escultura en piedra, de las que se presenta catálogos completos hasta el momento de cerrar la revisión

de este texto. La experiencia de los cambios en estos catálogos entre la primera y esta segunda y definitiva redacción del texto, separadas por el breve lapso de cuatro años según queda dicho, ha sido reveladora. Se ha podido colacionar una veintena de hallazgos monetarios, varias nuevas inscripciones y algunas esculturas más. La alegría que produce cada nuevo hallazgo no deja nunca de quedar levemente ensombrecida por la evidencia de la imposibilidad de presentar catálogos exhaustivos, como sería el ideal. Pero el envejecimiento de estos catálogos es por otra parte la mejor prueba del avance de la investigación, y en último término es esto lo más importante.

○ Tras esta revisión somera de los puntos más importantes del estudio quedan pocas cosas por decir. En primer lugar el concepto de «primera y segunda épocas ibéricas» que se verá repetidas veces a lo largo del texto. En un análisis de los poblados ibéricos de la Contestania, Edetania e Ilercavonia, el profesor Tarradell señaló la existencia de una serie de cortes cronológicos y culturales. Unos poblados acababan en época temprana, otros comenzaban en época tardía, y unos cuantos perduraban a lo largo de toda la cronología ibérica. Estudios posteriores quizá modificarán un poco algunos de los términos cronológicos gracias al mejor conocimiento que cada día se va adquiriendo acerca de las cerámicas importadas. Pero hay un corte histórico-cultural que no puede ser desdeñado, porque entraña grandes cambios en la vida de las gentes ibéricas: se trata de la dominación militar romana subsiguiente a la aventura anibálica. Así como el dominio bárquida no dejó huellas visibles en gran parte por tratarse de un dominio militar, y en parte por lo efímero de su duración, la presencia romana, incidental en su principio, fue convirtiéndose en una auténtica colonización bajo la que cayeron segados particularidades y matices locales. El mundo ibérico autóctono y autónomo se pervirtió en su esencia dando paso al mundo ibero-romano, continuador y epígono de la época clásica ibérica. De ahí nuestras etiquetas. La **I época ibérica** corresponde al momento autónomo, desde los orígenes (paso del siglo V al IV a. C.), hasta los comienzos de la conquista romana (en números redondos el paso del siglo III al II a. C.). La **II época ibérica** alcanza desde ese momento hasta la época de Augusto que marca una construcción de ciudades nuevas, en los puntos en que se podido estudiar una estratigrafía prolongada (La Alcudia o el Tossal de Manises) y que desde luego representa la adopción de una nueva fórmula de vida al menos para los habitantes de los poblados grandes, que son abandonados aproximadamente a fines del siglo I antes de J.C. generalmente antes de que aparezca en ellos la cerámica sigillata, indicio de una ro-

manización plena, y de un traslado del hábitat a zonas llanas, y no a las encimadas cumbres y riscos en que había transcurrido la mayor parte de la vida ibérica.

En fin, el lector notará a faltar un capítulo sobre los orígenes de la cultura ibérica contestana. Este capítulo no puede presentarse aquí por un prurito de autenticidad metodológica. Lo que autentiza nuestra visión de la cultura contestana es el hecho de que está hecho desde dentro. La meta de este estudio es definir lo contestano, por tanto nada de lo exterior cabía en él, ni aún a título de paralelo, faltos como estamos de monografías «provinciales», en sentido antiguo, del mundo ibérico. Si precisamente propugnamos una cala en profundidad dentro del mundo ibérico, no iba a viciarse la visión con ejemplos traídos, al azar de las semejanzas formales de aquí y de allá. Se observará hasta qué punto se ha sido cauto a la hora de citar tales paralelos, que para el conjunto faltan en absoluto por los motivos indicados. Y he aquí que los orígenes de lo ibérico contestano hay que buscarlos en áreas geográficas externas a su espacio vital. En efecto, cuando comenzamos a vislumbrar la presencia de la cultura ibérica dentro de nuestra zona de estudio, esta cultura se halla ya plenamente formada, no hay una evolución local conducente a las nuevas fórmulas culturales, sino un rompimiento con la tradición anterior, representada por la perduración del Bronce Valenciano en un posible Hierro I, de facies marcadamente arcaizante. Estos materiales de tipo Edad del Bronce son los que encontramos en la base de los poblados más antiguos: el Puig de Alcoy, la Alcudia

de Elche, como ya señaló Pla Ballester. A lo sumo, estos yacimientos muy primitivos: La Alcudia, la necrópolis de El Molar, presentan entre los variados tipos de hallazgos de sus etapas más antiguas ya ibéricas, una serie de piezas cuyos paralelos formales ayudan un poco a buscar vías de origen, círculos de procedencia, centros primitivos de influencia. Pero su análisis ha de hacerse fuera de los límites geográficos de la Contestania, y por tanto, en puridad, no cabe en este estudio, lo que no significa que renuncie a ponerlo de manifiesto en otro lugar. Lo que puede decirse desde dentro del área contestana es que lo ibérico es una creación cultural externa —cuyo remoto origen es seguramente tartésico a través de lo turdetano—, que alcanza estas áreas mediterráneas hacia la segunda mitad del siglo V (al menos por ahora no puede elevarse más la fecha en líneas generales a juzgar por los materiales importados), y que en esta misma zona recibe un determinado número de influencias helénicas, bien a través de exportaciones ibéricas, bien a través de contactos con el área de Massalia y su hinterland, que abarca hasta Ampurias. No cabe duda que la Contestania representó un foco de recreación cultural, al confluir en ella las dos diferentes oleadas culturales: orientalizante-turdetana y helénica, pero esto sólo podremos verlo el día que dispongamos de una Bastetania y de una Turdetania, de una Edetania y de una Ilercavonia semejantes a este estudio, que nos permitan comparaciones. Sólo entonces, y que se nos perdone el aire profético, podremos hacernos una idea más clara de la complejidad, matices y esencia de la cultura ibérica.

Alicante, agosto de 1971

ABREVIACIONES EMPLEADAS

ACCV	Anales del Centro de Cultura Valenciana, Valencia.
AEA y Arq.	Archivo Español de Arte y Arqueología, Madrid.
A. E. Arq. / A. Esp. A.	Archivo Español de Arqueología, Madrid.
AIEC	Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, Barcelona.
ALMARCHE, Civilización	F. ALMARCHE, La civilización ibérica del Reino de Valencia , Valencia, 1918.
A y M SEAEP	Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, Madrid.
APL	Archivo de Prehistoria Levantina, Valencia.
BELTRAN, Economía	A. BELTRAN, Economía monetaria de la España Antigua , Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica, Barcelona, Vicens Vives, 1968, 271-88.
Bib. Praeh. Tisp.	Bibliotheca praehistorica Hispana, Madrid.
BRAH	Boletín de la Real Academia de la Historia, Madrid.
BSCC	Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, Castellón.
BSEAA	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, Valladolid.
CASE	Congresos Arqueológicos del Sudeste Español, Cartagena.
CICPP	Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Madrid, 1954.
CNA	Congresos Nacionales de Arqueología, Zaragoza.
GGRV	Geografía General del Reino de Valencia , bajo la dirección de F. Carreras y Candi, 5 vols. Barcelona, A. Martín, s. a. (1912-1916).
GIL, Catálogo	M. GIL-MASCARELL y BOSCA, Catálogo de yacimientos ibéricos de la región valenciana , Ms. inédito.
GUADAN, Numismática	A. M. de GUADAN, Numismática ibérica e ibero-romana , Madrid, CSIC, 1969.
HILL, Notes	G. F. HILL, Notes on the ancient coinage of Hispania Citerior , New York, 1931.
ICCR	Instituto Central de Conservación y Restauración, Madrid.
IDEIEV	Instituto de Estudios Ibéricos y Etnología Valenciana, Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia.
IEA	Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante.
MJSEA	Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid.
MMAP	Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales, Madrid.
MM	Madrider Mitteilungen, Madrid.
NAH	Noticiario Arqueológico Hispánico, Madrid.
PLA, Actividades	E. PLA BALLESTER, Actividades del SIP , APL, Valencia.
RABM	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid.
ROBINSON, Punic coins .	E. S. G. ROBINSON, Punic coin of Spain and their bearing on the Roman Republican Series , Essays on Roman Coinage presented to H. Mattingly, Oxford, 1956.
RSL	Rivista di Studi Liguri, Bordighera.
SIP, Tr. Var.	Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.
SIP	Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.
SYDENHAM	E. A. SYDENHAM, The coinage of the Roman Republic , London, 1952.
VILLARONGA	L. VILLARONGA, Las monedas de Arse-Saguntum , Barcelona, ANE, 1967.
VIVES	A. VIVES, La Moneda Hispánica , 2 vols. Madrid, Academia de la Historia, 1926.
Zeph.	Zephyrus, Salamanca.

I. EL CONCEPTO DE CONTESTANIA

No sabemos nada de lo que significan estos nombres geográficos que el invasor romano probablemente forjó sobre gentilicios indígenas (1). La investigación reciente intenta desentrañar el sentido de estos términos, que a menudo, como en el caso que nos ocupa, sólo tienen una documentación literaria muy tardía, en una época en que el país se hallaba por completo romanizado (2). Hemos de propugnar —la lingüística nos invita a ello— una antigüedad discreta para tales gentilicios, pero, ¿cuál es su significado? Por el momento nos es desconocido y todo intento de calar en profundidad choca de una parte con la ausencia de fuentes y de otra con la falta de análisis completos de la cultura material, lo que comporta un adolecer total en el campo de los problemas sociológicos, económicos y culturales.

Sólo queda un camino abierto que permita identificar de alguna manera estas compartimentaciones, y éste es el que se ha seguido al realizar la presente investigación: un análisis geográfico. Falto de otros datos, quedaba siempre por comprobar si en el área vagamente delineada por las fuentes clásicas cabía establecer una distinción de orden geográfico que aislase un área por medio de accidentes naturales. Es más, había que ver si este área tenía algún sentido histórico, no sólo en la época ibérica y romana, sino antes y después. En una palabra, intentar la identificación de un territorio homogéneo y razonable que pudiese servir de base al concepto de la división administrativa antigua. Así pues, en este trabajo se distinguen tres elementos: la colación de las fuentes clásicas, el estudio de las fronteras arqueológicas e históricas, y los datos de geografía física. Al área así delimitada se le dará el nombre de Contestania, pero siempre con plena conciencia de que se trata de una **creación artificial**, de orden pedagógico, pues seguimos sin saber, por el momento, qué pudo ser este apelativo.

FUENTES ANTIGUAS

No son muchas las que en sentido estricto la citan, si bien algunas de las ciudades o accidentes geográficos que tradicionalmente se le atribuyen, aparecen en otras fuentes que no hacen mención expresa del nombre Contestania. La característica primordial de las fuentes que traen

la mención es su fecha tardía. Así las únicas son la **Historia Natural** de Gayo Plinio, llamado el Viejo (23 a. C. - 79 d. C.) y las **Tablas geográficas de Ptolomeo** (dentro del siglo II de nuestra Era). Veamos sucesivamente ambos textos.

C. PLINIVS, **Naturalis Historia**, III, 19 ss. (Traducción de A. García y Bellido, **La España del siglo I de nuestra Era**, B. Aires, Austral, 1947.)

«...luego la (región) de Contestania... En la costa que queda está el río Táder e Ilici, colonia inmune, de la cual recibe el nombre el seno Ilicitanus; los Icositani están adscritos a ella. Lucentum, que viene luego, goza del derecho latino, y Dianium es estipendiaria; sigue el río Sucro y antiguamente el oppidum del mismo nombre con lo que se termina la Contestania.»

PTOLEMAEVVS, II, vj. (translitero y traduzco de la edición de E. Flórez, **España Sagrada**, V, 375 ss. Madrid, 1859, 3.ª ed., única que me ha sido posible manejar).

«Situación de la Hispania Tarraconense. Tabla II de Europa.

...Costa de los Contestanos:

Loukênton

Karchêdôn néa

Promontorio Skombraría

Desembocadura del río Térebos

Alônai

Desembocadura del río Saitábios

Puerto Illikitátos

Desembocadura del río Soukrôn

...Junto a éstos (los Bastetanos) sobre el mar habitan los Contestanos y sus ciudades interiores

Menlária

Oualentía

Saitabís

Saitabíkoula

Illikiás

Iaspís.»

Evito la mención de los grados y minutos, que pueden deducirse del mapa que he compuesto de acuerdo con estos datos.

Podrá causar extrañeza esta escasez de tex-

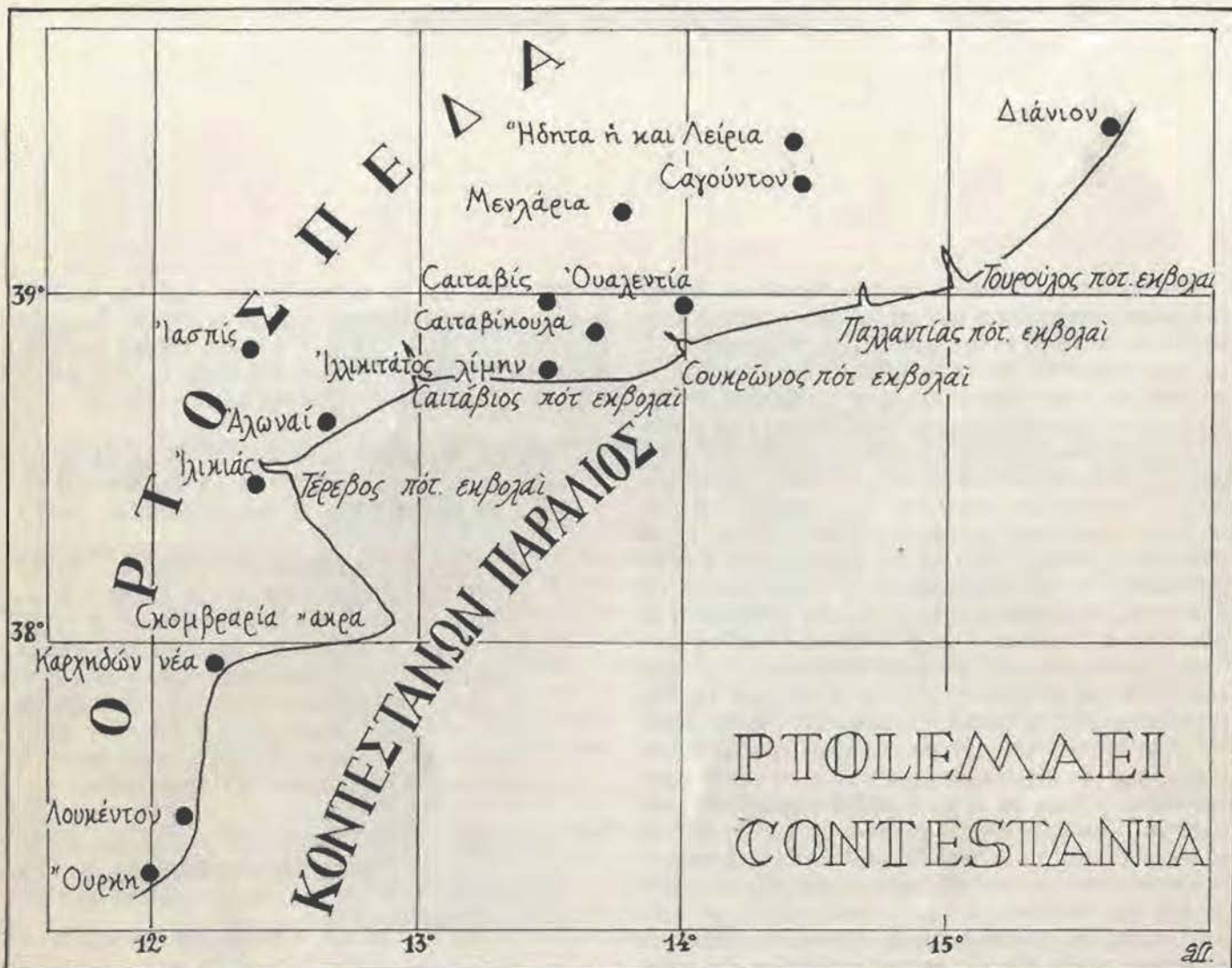


Fig. 1 El territorio contestano según la Geografía de Pto lomeo (siglo II DC.)

tos antiguos. Voluntariamente he limitado el análisis a aquellos que hacen mención expresa del topónimo **Contestania**, y no sin relucencia, ya que en otros textos antiguos se trata de la región, con más amplios datos, v.g. en la Geografía de Estrabón, pero atribuyendo toda el área a la Edetania. Intentar verificar el porqué de esta atribución queda con mucho fuera de las intenciones de este estudio, que mira primordialmente a la antigua cultura ibérica. Con parecidos motivos, autores modernos han trasladado de nombre, con bases harto escasas, las tierras que llamaremos contestanas (3). De otra parte, una sana desconfianza de los datos proporcionados por las fuentes antiguas, mientras no hayan sido comprobados por la investigación arqueológica, está dentro de la más moderna línea de pensamiento de la investigación internacional (4), y los datos de Estrabón han proporcionado no pocos quebraderos de cabeza a los investigadores locales, e incluso a algunos nacionales y extranjeros, y ha

sido preciso un análisis moderno y pormenorizado para demostrar la inexactitud de muchas de las atribuciones tradicionales (5) aun a riesgo de quedar en entredicho para los que ponen en las fuentes escritas toda su confianza. ¿Por qué, pues, hacer uso de estas fuentes? En primer lugar es deuda a una tradición investigadora, en segundo es preferible aprovechar todos los datos, por discutibles que sean, antes que perder alguno en un campo en el que no andamos precisamente sobrados.

Los textos citados nos están dando una imagen de la Contestania —y naturalmente del resto del país— que no remonta más allá del siglo I anterior al cambio de Era. Y si aún muy optimistamente queremos ampliar los términos cronológicos, no podemos jamás llevarlos más lejos de la mitad del siglo II a. C., con lo que tenemos un sensible desfase cronológico con respecto al mundo ibérico. La imagen del país que por tanto podemos obtener de las fuentes, es la de un mun-

do ibérico en los comienzos de su descomposición, y que tiene ya una relación muy vaga con lo que debió ser el mundo ibérico clásico de los siglos anteriores a la aventura bárquida.

No deja de ser cierto, sin embargo, que la conquista romana se distinguió en el mantenimiento de las viejas estructuras autóctonas, a fin de dar una mayor sensación de autonomía a los pueblos ocupados. Por ello es lícito el proyectar la imagen de las divisiones políticas (?) o tribales (?) del mundo ibérico reportadas por las fuentes, a las épocas inmediatamente anteriores, no documentadas y que en este sentido se recogen.

Queda visto que es Gayo Plinio quien nos proporciona la única descripción pormenorizada de la Contestania, que va desde el río Táder —que desemboca en el golfo ilicitano— hasta el río Sucro. Entre estos confines se citan una serie de lugares, con la mención de su categoría administrativa: Ilici, colonia inmune; Lucentum, ciudad de derecho latino, y Dianium, ciudad estipendiaria. No se sabe en qué momento de su historia Lucentum y Dianium comenzaron a funcionar como tales, destruida como está la una por las construcciones del barrio alicantino de Benalúa (6) e inexorable lo que pueda quedar de la otra (7). Quizá para Lucentum, cuya fundación hay que situar dentro del siglo I a. C., tal condición le vino desde el principio. Es más difícil determinar la fecha de fundación del establecimiento romano de Denia, ya que sabemos que la famosa dípolis Diniu ibérica - Hemeroskopeion co-

lonial precedente de la Dianium romana, tan difundida por la bibliografía no es más que un error, disculpable, pero imposible de aceptar hoy (8), y que por tanto la continuidad histórica del establecimiento ha sufrido un fuerte golpe, sin que nos sea por el momento fácil enlazar los antecedentes ibéricos más inmediatos: Benimaquía y Pic de l'Aguila, con los restos romanos dianenses.

Estamos en mucho mejores condiciones en lo que se refiere a la Colonia Iulia Ilici Augusta, que inhabitada desde la época visigótica, ha podido ser metódicamente excavada y que además batió bastante moneda. Su elevación al rango de colonia ha sido metódicamente estudiada y se fecha en la segunda mitad del siglo I a. C., o a lo sumo en época de Augusto(9). La imagen pliniana de la Contestania, en todo caso es totalmente romana y no se alude para nada al mundo indígena. Los otros datos señalados: los Icositani, tradicionalmente considerados como los habitantes de la actual Agost, pueden mantenerse, ya que prospecciones recientes que he llevado a cabo en aquel lugar muestran una instalación romana que va desde el siglo I d. C. al siglo III o IV de nuestra Era. El río Sucro o Sucrón es el actual Júcar, como desde siempre se viene aceptando (10) y la ciudad del Sucro parece que puede reducirse a Alcira (11) si bien no hay restos arqueológicos que abonen la hipótesis, salvo la mención de un antiguo acueducto romano, hoy desaparecido.

(1) Al menos en el caso de la Contestania parece que así fue según afirman los filólogos. Véase al efecto M. L. ALBERTOS, *La antroponomía hispánica y la «composición de los nombres personales galos» según K. Schmidt*, *Emérita*, XXVIII, 1960, 285-308, y también M. FAUST, *Die antiken Einwohnernamen und Völkernamen auf -itani, -etani, Eine Untersuchung zur Frage des Westmediterranean Substrats*. Göttingen, 1966. Véase especialmente la página 68, en que analiza el nombre Contestania, Contestani, proponiendo como base un hipotético *Contesta*.

(2) Es significativo a este respecto la aparición de dos trabajos coincidentes sobre el mismo tema en el último número de la revista *Zephyrus*, J. M. ROLDAN, *Fuentes antiguas para el estudio de los Vettones*, *Zeph.* XIX-XX, 1968-69, 73 ss. y F. J. FERNANDEZ, *Beribraces, edetanos e ilercaones (pueblos prerromanos en la actual provincia de Castellón)*, *ibíd.*, 115 ss.

(3) Véase J. CABRE, *Deitania. Situación en el sureste de España, cultura artística y difusión*, III CASE, Murcia, 1947, 121-36. No podría decirse lo mismo del precursor de estos estudios de modo sistemático en España, el profesor

Bosch Gimpera, quien en sus dos estudios fundamentales tuvo que reducir los confines contestanos para hacerlos compatibles con nombres traídos por otras fuentes para las mismas áreas, nombres que probablemente, más que simultáneos son sucesivos, o alternativos.

(4) Entre los muchos que podrían citarse, véase como ejemplo la recensión de V. DUMITRESCU al symposium sobre «Metodología y Teoría de la interpretación arqueológica» celebrado en Flagstaff (Arizona), en 1968 (Cf. *Archaeologia*, 28, 1969, 53-57), o las críticas de GERMAIN al periplo de Hannón, *Hesperis*, 1957, 205-48, o la opinión de WARMINGTON, *Carthage*, Hardmonswoth, 1960, 22-25. Valga decir que la polémica sobre el periplo de Hannón ha vuelto a abrirse entre M. R. MAUNY y G. CH. PICARD, sin que se haya dicho aún la última palabra en favor o en contra.

(5) Hasta lo que podemos obtener de la bibliografía, la voz de alerta en estos problemas, referidos al mundo mediterráneo peninsular, la dio el profesor Tarradell en el folleto *Els grecs a Catalunya* (Barcelona, Dalmau, 1961), hipótesis que desarrolló ampliamente en su *Història del*

País Valencià, I (Barcelona, ed. 62, 1965) Son teorías que se han revelado exactas al llevarse a cabo el análisis sistemático de una de las supuestas atribuciones, la más famosa: Hemeroskopeion-Dianion. Véase al efecto G. MARTIN, *La supuesta colonia griega de Hemeroskopeion; estudio arqueológico de la zona Denia-Jávea*, Valencia, Papeles del Laboratorio de Arqueología, 4, 1968, con toda la bibliografía anterior, y E. PLA, *Diniu, una ciudad ibérica inexistente*, Saitabi, XIX, 1969, 11-21. Una revisión rápida e informativa de los problemas en E. LLOBREGAT, *Hacia una desmitificación de la Historia Antigua de Alicante. Nuevas perspectivas sobre algunos problemas*, Instituto de Estudios Alicantinos, I, 1969, 35-55.

[6] Para Lucentum hay una larga querrela de localización que fue resumida en mi artículo citado en la nota anterior. Mientras la erudición local desde el Renacimiento se peleaba por si la Colonia Iulia Ilici Augusta era la actual Elche o Alicante, el conde de Lumiares dejó resuelta la atribución en el siglo XVIII excavando lo que él suponía ser Lucentum y atribuyéndolo a Alicante. Pero su error fue demostrado y combatido por M. Rico y García, en un manuscrito redactado en 1892, pero que no fue publicado hasta 1958 en que vio la luz gracias a los cuidados del cronista de la ciudad de Alicante, Dr. V. Martínez Morellá. Mientras reviso estas líneas para la imprenta ha aparecido un estudio definitivo sobre el material que Rico recogiera: M. TARRADELL y G. MARTIN, *Els Antigons-Lucentum*, Papeles del Laboratorio de Arqueología, 8, Valencia, 1970.

[7] Para Denia los estudios más recientes, en que se recoge toda la bibliografía anterior son los de G. MARTIN,

el citado en la nota 5, y *Dianium. Arqueología romana de Denia* (Valencia, Instituto de Estudios Romanos de la Inst. Alfonso el Magnánimo, 1970)

[8] G. MARTIN, op. cit. notas 5 y 7; E. PLA, op. cit. nota 5.

[9] No entro en más precisiones, pues está a punto de publicarse un estudio fundamental sobre Ilici, llevado a cabo como Tesis Doctoral por R. Ramos Fernández.

[10] La reducción del Sucro al Júcar actual puede llevarse a cabo lingüísticamente por el nombre árabe del río al-Shukr, que pone de manifiesto el nombre vernáculo actual: riu Xúquer

[11] Para la identificación del oppidum del Sucro, establecido en el monte de Cullera tradicionalmente (cf. A. GARCIA Y BELLIDO, *La España del siglo I de nuestra Era*, B. Aires, Austral, 1947, nota 89 del comentario de Plinio), lo que es plausible ya que en él se ha excavado recientemente por el SIP de Valencia un establecimiento ibérico (cf. *La labor del SIP*, 1966, pág. 77) Parece que hay que inclinarse más bien por Alcira, conocida en época medieval como Al-yazirat al-Shukr, la isla de Shukr. Así figura en un mapa de Al-Edrissi del siglo XII, y también en Al-Himyarí, *Kitab ar-Rawd al-mitar* (Valencia, Textos medievales, 10, 1963). El estudio de V. PELUFO, *Alcira sucesora de la Sucro ibérica*, ACCV, 1931, 21 ss. recoge todas las fuentes tradicionales de esta atribución, con escasa crítica.

LA PERSONALIDAD GEOGRAFICA DE LA CONTESTANIA: SUS LIMITES Y DIVISION INTERNA

En el capítulo anterior se hace un análisis de los problemas que plantea la identificación de una región ibérica cualquiera; ya se vio allá que es lo que hoy pueden decirnos las fuentes, y se estudió cuál pueda ser su significado de base, conduciendo todo ello a una sola vía en mi concepto: a una visión de geografía histórica. Queda planteado que la única vía de estudio posible y positiva, en el estado de nuestros conocimientos, y que tenga una cierta vigencia en una investigación histórica concebida desde módulos actuales, es la investigación de la existencia de una compartimentación geográfica que personalice un área, sobre la que impostar la etiqueta nominal dada por las fuentes. En fin, dirigir una búsqueda guiado por una hipótesis de trabajo a confirmar: la existencia de un área con personalidad geográfico-histórica diferencial.

Sin perjuicio de su detallado desarrollo quiero avanzar ya, a modo de sumario, los hitos esenciales que jalonarán esta investigación; en primer lugar un rastreo de los precedentes arqueológicos de la zona por si en ellos se pudiera hallar alguna nota diferencial, en el que salvando el momento ibérico que ocupa el cuerpo del trabajo, se pasa a un análisis de las fronteras históricas,

medievales y modernas conocidas. Esto da un primer marco esquemático y una guía de puntos sobre los que realizar un estudio geográfico. Después se recorren estas áreas, se describen y se justifica su carácter fronterizo o no, partiendo de dos criterios ya tradicionales y vigentes desde época antigua (1): el concepto de «frontera-desierto», o tierra de nadie, y el concepto de «frontera-accidente natural», bien río, bien pantano, bien montaña. Se aplican estos criterios y se establece en fin la delimitación que propugno para esta provincia cultural del mundo ibérico.

Una segunda parte es la descripción geográfica interna de la zona, desde la óptica del momento estudiado y en función de sus necesidades, tanto viarias como agrícolas. Se intenta en ella establecer una compartimentación interna a comprobar por un análisis detallado de los materiales arqueológicos, por si fuera posible determinar diversas regiones culturales dentro del área.

Estudio de los confines de la Contestania

Es ampliamente sabido que las bases económicas del mundo antiguo comienzan a establecerse con la serie de revoluciones que conducen

al tránsito a lo que con etiqueta breve llamamos **Neolítico**. Hay que comenzar, por tanto desde él, para rastrear el pasado remoto y los avatares de esta zona geográfica.

Son muy escasos los restos de esta época que nos han sido conservados en esta área, y aún de ellos, sólo dos yacimientos han sido explorados con la suficiente extensión para poderlos caracterizar perfectamente; se trata de las cuervas de la Sarsa, en Bocairente, y de l'Or, en Beniarrés. Ambas en una zona bastante relacionada geográficamente y que dada la ausencia de otros materiales y de otros hallazgos paralelizables, han hecho pensar a menudo que se trataría quizá de una facies local. No se puede afirmar ni negar, en todo caso, la escasez de documentación no nos permite determinar si hay algún hecho diferencial en toda la zona por el momento.

Muy otra es la cuestión en el período siguiente, el **Calcolítico** conocido bien por la abundancia de cuevas sepulcrales de enterramiento múlti-

ple. Como es sabido, este período se distingue en el antiguo reino de Valencia por la presencia de las cuevas de enterramiento múltiple, con exclusión de todo otro tipo de enterramiento, mientras en el resto de la península, hay megalitos, de tipos muy variados, cuevas artificiales y cuevas naturales, más o menos entremezclados. Ya esta característica resulta sensiblemente individual y caracterizante de un mundo diverso, en las implicaciones del que no he de entrar, al tratarse ésta de una obra muy diversa y lejana de aquélla. Con todo hay que señalar ya el hecho diferencial, y ver a qué nos conduce.

Las cuevas naturales de enterramiento múltiple del Calcolítico valenciano se extienden por todo el país, si bien hay que señalar una mayor abundancia de las mismas hacia la zona sur. Cartografiándolas, puede verse un límite de densidad: muy pequeña al norte del mismo, abundante a mediodía, que cabría situar aproximadamente en la línea del río Júcar. A guisa de hipótesis he establecido una distinción entre uno y otro lado del río, enfrentando los hallazgos de las diversas cuevas en parangón. Los resultados obtenidos son notables, y merece la pena señalarlos.

En primer lugar hay que indicar que frente a cinco cuevas conocidas al norte del Júcar, las del Palanqués de Navarrés, Ribera de Cullera, Avellanera de Catadau, Ladera del Castillo de Chiva, y la de Rocafort, nos encontramos con treinta y dos entre este río y el Segura: la dels Gats en Corbera de Alcira, el grupo de Gandía, con la de l'Aigua, Bernarda, de l'Edra, Negra, Zacarés, de la Recambra, del Racó Tancat, de les Maravelles, del Retoret, la del Barranc del Nano en Real de Gandía, la de les Foietes en Tabernes, las del cerro del Serruig y Palop en Mogente, las dos inéditas de Bañeres, la de la Caseta de Molina de Bocairente, la Bolumini de Alfafara, la del Barranc del Castellet en Carrícola, la del Camí Reial d'Alacant en Albaida, la de En Pardo de Benissili, el grupo de las de Alcoy: La Pastora, la grieta de les Llometes, Les Llometes y la de el Rebolcat, la de la Barsella en Torremanzanas, la de las Lechuzas en Villena, la de Xinorlet, la Serreta de la Vella de Monóvar, la de la Fontcalent de Alicante y las de Roca y de la Algorfa en Orihuela.

Ya esta diferencia numérica es considerable, y no nos cabe apelar a la falta de exploración en la zona septentrional, pues ésta ha sido pareja para una y otra zona, y más continuada y sistemática si cabe en la parte norte, dependiente de un servicio arqueológico bien establecido, mientras la zona sur sufrió el azar de una investigación debida a aficionados. Por ello el número de los yacimientos hallados es en este caso revelador de una densidad mayor en época antigua.

Pero esto sería poco si no hubiera además otro estudio parecido: el parangón de los materiales logrados en una y otra área.

Fig. 2 Fronteras culturales durante el Calcolítico y la Edad del Bronce.



Sobre el cuadro sinóptico total de los materiales, que establecí en 1963 (2), he paralelizado los materiales de las cuevas al norte y al sur del Júcar y los resultados son como sigue:

Elementos comunes a las dos zonas

Hachas y azuelas de piedra pulida; puntas de flecha y cuchillos de piedra tallada; punzones de cobre; cuencos cerámicos y cuentas discoidales de collar.

Elementos exclusivamente representados al norte del Júcar

Ninguno.

Elementos exclusivamente representados al sur del Júcar

(Anoto tan sólo los hallados en más de una cueva para que la expresión sea más genérica y se eviten las singularidades.)

Alisadores y placas perforadas de piedra pulida; sílex geométricos de piedra tallada; de metal, puntas de lanza o dardo, y aretes o pendientes; vasos globulares; cerámica campaniforme; de hueso hay agujas de sección acanalada; agujas con cabezas de diversos tipos; colgantes acanalados rectos y curvos; ídolos oculados; ídolos planos, y de adorno cuentas en oliva y cuentas esféricas, así como variedad de objetos suntuarios.

Como puede verse, ambos grupos coinciden en los elementos básicos de vida, cuales los instrumentos de piedra y otras cosas semejantes, pero difieren considerablemente en otros artículos, cual el hueso, del que al norte no se ha registrado muestra alguna, mientras el sur muestra abundantes especímenes de formas variadas. La cantidad y variedad de los artículos suntuarios del sur, y el uso mucho más difundido del metal, apuntan a una vida de nivel mucho más alto en el sur que en el norte, y en todo caso muestran una sensible diferencia entre ambos mundos. Tenemos por tanto una distinción marcada ya en el segundo milenio precristiano entre la ribera septentrional y la ribera meridional del Júcar.

¿Qué sucede entre tanto en el sur? Ya se indicó más arriba que precisamente el País Valenciano se distinguía de sus vecinos en la presencia exclusiva de este tipo de enterramientos, mientras que en la periferia las cuevas funerarias naturales, cuando aparecían, se hallaban interpoladas con otras de las múltiples formas de enterramiento del Calcolítico Peninsular. Este es ya un criterio definidor, pero de poco nos valdría, juzgando como País Valenciano lo que hoy vemos en nuestros mapas, y recoge la división administrativa, si no lo impostáramos en una realidad más efectiva.

Dos son los tipos de enterramiento que abundan más en la vecindad sureña: las cuevas de enterramiento múltiple excavadas en la roca, y los megalitos. Las primeras han sido recogidas por Berdichewski en una síntesis revisable (3),

pero que proporciona algún dato de interés. Los segundos se hallan catalogados en el primer volumen de la gran obra de los Leisner (4). Del primero que señala como cuevas artificiales las del Castellet del Porquet de Ollería, y la del Barranc del Castellet de Carrícola, hay que hacer hincapié en que se trata de una atribución falsa, como en mi estudio de las cuevas de enterramiento múltiple citado (5) se señala, por lo que la cueva artificial más septentrional de las por él recogidas pasa a ser la de la Loma de los Peregrinos, en Alguazas, en la margen derecha del Segura, provincia de Murcia.

En cuanto se refiere a los monumentos megalíticos, los más orientales de los meridionales, se encuentran alrededor de Velez-Rubio, de Huércal-Overa y de Vera, sin sobrepasar en ningún caso la actual raya de Murcia. ¿Por qué no alcanzan más al Este? No es aquí el lugar de indicarlo, piénsese con todo, que la actual provincia de Murcia, como ha demostrado Vilá Valentí (6), formaba parte del *campus spartarius* en época clásica, y que este espartizal no debía de ser recientísimo, antes bien venir de tiempo, pues aunque no se trate de la vegetación climática de la zona, como él mismo apunta, no cabe pensar que en una fecha tan reciente como el segundo milenio precristiano no estuviese ya en buena parte constituido, lo que nos proporciona una amplia zona desierta e inhabitada.

En cualquier caso, los megalitos no llegan más que hasta la frontera de Murcia-Almería, y las cuevas artificiales hasta el Segura. No nos da esto una frontera muy clara, mas la presencia de abundantes cuevas naturales de enterramiento múltiple al norte del Segura y su desaparición al sur, hablan en favor de una distinción tanto como el escaso apoyo que proporcionan los demás argumentos.

Esto es ya un dato en que comenzar a basar el devenir histórico de las fronteras de esta zona. Ya en el segundo milenio, el territorio entre Júcar y Segura goza de una cierta individualidad, a lo que hasta hoy puede juzgarse por los materiales arqueológicos que conocemos.

¿Qué sucede en la etapa subsiguiente? Nos hallamos ya en la Cultura del Bronce Valenciano, bien caracterizable aunque mal conocida. Bien, en cuanto que disponemos de una gran cantidad de yacimientos que proporcionan unas ricas series de materiales; mal en cuanto que estamos hasta el momento completamente en el aire en lo que se refiere a la estructura interna del período, a sus matizaciones cronológicas, y a otros aspectos de la cultura cual son los enterramientos, cuya personalidad comenzamos actualmente a vislumbrar (7).

Lo que sí ha quedado claro tras las precisiones que aportó Tarradell en su estudio es que lo que en un tiempo fue considerado como exten-

sión de El Argar, tiene una entidad propia, diferente de aquella gran cultura de nuestro Bronce Peninsular, bien que dependiente de ella en muchos aspectos.

Los poblados de la Cultura del Bronce Valenciano se extienden ampliamente a lo largo y a lo ancho de la geografía del país, ocupando pequeños cerros, crestones montañosos, y constantemente surge la noticia de nuevos establecimientos. No son, en general, grandes lugares de población, antes bien podrían ser calificados en general de pequeños poblados o a menudo hasta de aldeas. Pero todos ellos muestran una tipología uniforme de sus cerámicas, y una identidad notable de sus materiales líticos y metálicos, en la que aún no se ha hincado la lanceta disectora de la investigación. A lo largo de las tres provincias vemos establecerse sin diferencias apreciables por el momento sus yacimientos, salvo en una zona.

Al sur de la provincia de Alicante, hay unos establecimientos que no concuerdan exactamente con las características señaladas habitualmente para los poblados del Bronce Valenciano, antes bien acuerdan sus materiales y su aspecto general con los poblados del sudeste estudiados por Siret y que dieron pie al establecimiento de la cultura argárica clásica. Son los yacimientos de San Antonio de Orihuela y de las Laderas del Castillo de Callosa de Segura. Inmediatos a la ribera norte del Segura, no hacen más que repetir para nosotros la función de fronterizo que éste tuviera ya en la etapa anterior. Más al noroeste de este conjunto se ha considerado como argárico igualmente el Cabezo Redondo de Villena, pero hay en él una facies meseteña, a través de sus cerámicas excisas, que conduce a poner de momento, hasta su publicación definitiva y su estudio meditado, tal atribución en cuarentena.

Tenemos, por tanto, que también en la Edad del Bronce se apunta una divisoria cultural por la cuenca del Segura. Nada sabemos del norte, aunque —si mi hipótesis de trabajo se afirma— no cabría dudar de la posibilidad de una distinción a ambos lados del Júcar, que por el momento nos resulta imposible de determinar.

De la prehistoria hay que saltar súbitamente a la historia. Y ello porque al estar intentado probar unos confines de época ibérica —y naturalmente de época romana que le va a la zaga— no cabría lo definido en la definición, ni la descripción de esas fronteras incógnitas por el momento, en la prueba de las mismas. Por ello hay que lanzarse sobre la descripción de las fronteras medievales que por la zona que me ocupa corrían.

Esencialmente la frontera que nos señalan los textos medievales no es la septentrional ni la meridional de las que he indicado hasta el momento presente, sino una interna a la región, y que es de notable interés. De los autores recién

tes que he consultado, es Sanchis Guarnier, excelente conocedor de la geografía de la provincia y de su historia, quien acierta más a señalar sus términos. Dice del siguiente modo: «No hi ha dades en que recolzar l'hipòtesi, però es presumible que el limit nord-oriental de Tudmir (se refiere a la qôra de Teodomiro, la única zona que por pacto quedó libre del dominio musulmán en los primeros tiempos de la conquista islámica, y que se hallaba precisamente en estas tierras) estiguè constituït per la línia que determinaven el Cabeçó, el Maigmó, i el port de Biar, la qual delimità després els regnes de Taifa de Múrcia y Dénia, assenyala en un principi la frontera meridional del regne cristià valencià i ha delimitat fins suara els bisbats d'Oriola i de València» (8).

Es notable su acierto, pues en mis rebuscas y recorridos por la zona he podido comprobar que esta línea por él señalada vagamente y que acto seguido analizaré con más detalles, señala el paso de llano a montaña en toda esta zona. Es un límite tan llamativo que resulta singularmente claro, y basta con ascender a cualquier altura, v.g. al castillo de Santa Bárbara de Alicante, para ver perfectamente trazada la línea diferencial, o seguir el ferrocarril de Alicante a Almansa, para observar como se señala a la vista esta misma línea.

Esta línea será ratificada esencialmente por el tratado de Almisra, efectuado en 1244 como fin a una serie o pactos cuales los de Tudilén y Cazorla. Según este tratado quedaban para el rey de Aragón los castillos de Castalla, Biar, Almisra, y todas las otras tierras entre Játiva y Denia. Otra fuente —el Llibre dels Feits— da más detalles, y dice que correspondían al rey de Aragón: Castalla, Biar, Relleu, Jijona, Alarc (partida dels Arcs, Altea), Finestrat, Torres (en el partido de Villajoyosa), Polop, La Mola (cerca de Aigües de Busot), Altea (9).

Las publicaciones sobre el particular, generalmente —al estar realizadas sobre la documentación, sin una visión clara de la contextura geográfica del país— dan una imagen de esta frontera completamente artificial, tajando el territorio por líneas imposibles y sin sentido, por líneas que ni entonces ni nunca pudieron representar una frontera. La única posibilidad lógica, sensata y viable sobre el terreno, es la que ya fue apuntada por Sanchis Guarnier, y que yo intentaré explicar aquí: el tránsito de llano a montaña en toda esta zona, que va desde los puertos de Biar, por la peña del Cid de Petrel, y el macizo del Maigmó, a buscar la Peña Roja de Jijona, y pasada la entrada de este valle alto, por Sierra Almaén a buscar el macizo del Cabeçó d'Or y las montañas bajas y desiertas en que se asientan Aguas de Busot y Busot, y que vienen a dar al mar entre Villajoyosa y Alicante.

Esta línea de frontera medieval es de consi-

derable interés, en cuanto que separa el país llano y meridional, del país alto septentrional, y en su día, cuando el conocimiento de la cultura ibérica de esta área sea más profundo, será factible, espero, el poder mostrar variantes locales. Lo acertado de la hipótesis se prueba al establecer la frontera de los obispados de Orihuela y Valencia, que ha mantenido hasta hace muy pocos años esta línea.

Así, en un mapa del Arzobispado de Valencia, de 1761, publicado por Martínez Aloy (10), puede verse que el confín pasaba por los lugares de Fuente la Higuera, Biar, Castalla, Tibi, Jijona, la Torre de les Massanes, Alcoleja, Rellieu, Sella, Orxeta y La Vila Joiosa.

Frente a esto, el límite norte del obispado de Orihuela según Vidal Tur (11), venía por Monóvar, Elda, Agost, Busot y Aguas. Es significativo el mantenimiento por la administración eclesiástica de una frontera inusitada desde mucho tiempo. Lo tradicional de la institución —que mantiene largamente sus criterios invariables— da más garantías de verosimilitud y de realidad a esta línea. Sólo en época contemporánea se ha abandonado un criterio tan saludable, para pasar a las demarcaciones territoriales modernas, que normalmente no suelen tener un sentido humano, histórico y geográfico como lo tuvieron las eclesiásticas antiguas, o las mismas fronteras medievales, trazadas por gentes que vivían sobre la tierra y se basaban en ella.

¿Qué ocurre para que esta frontera no sea en fin la que perdure entre los dos reinos, y la veamos conculcada en primer lugar por la frontera lingüística, y más adelante por divisiones posteriores? La razón hay que buscarla en la historia de las conquistas del reino de Aragón por su extremo sur. Cuando se establecen los sucesivos pactos con Castilla, los caballeros aragoneses ya han cruzado las líneas señaladas y se extienden por el Vinalopó y por el Bajo Segura, ocupando una zona que siendo de derecho de Castilla, está de hecho en manos de caballeros de la Corona de Aragón, y toda la zona, que abarca los territorios de Alicante, Elche, Elda, Novelda, Petrer, Agost, Crevillente, Catral, Guardamar, Monforte,



Fig. 3 La frontera entre Aragón y Castilla pactada en Almirra (1244) Pertenecen al Reino de Aragón: 1. Campet de Mirra (Almirra); 3. Biar; 4. Castalla; 6. Xixona; 7. Finestrat. Al reino de Castilla: 2. Villena; 5. Elda; 8. Busot; 9. Novelda; 10. Agost; 11. Aspe; 12. Alicante. Los asteriscos, de oeste a este, son los montes Penya del Cid, Maigmó y Cabeçó d'Or (Según Llobregat.)

Fig. 4 Las fronteras lingüísticas actuales entre catalán y castellano en la provincia de Alicante. (Según Sanchís Guarnier.)

Fig. 5 La «Tierra de nadie» medieval, entre los reinos de Castilla y Aragón. 1. Elda; 2. Petrer; 3. Agost; 4. Montfort; 5. Novelda; 6. Aspe; 7. Alicante; 8. Elx; 9. Crevillent; 10. Catral; 11. Guardamar (Según Mateo.)

o sea todo el territorio entre la frontera de Busot a Biar y el río Segura, se convierte en una especie de prolongación del reino aragonés, sin serlo, y que de no estar ocupada podríamos considerar como una *no man's land* medieval (12), en todo caso, un pequeño almohadón de resguardo para evitar fricciones. Aunque a decir verdad, como lo ha mostrado la historia posterior, en lugar de evitar fricciones ha servido fundamentalmente para crearlas.

Veamos ahora por donde se establecen estas fronteras que rompen las líneas establecidas, y cuya razón he intentado señalar. Nos serán de gran utilidad para explicarnos antiguas fronteras prehistóricas que reviven, bien por coincidencia, bien porque en efecto hay una raíz más profunda —en la que fundadamente creo, y que mostraré en el estudio geográfico de estos confines— que lleve a repetirse estos trazados.

La frontera lingüística en la actualidad es ya poco significativa, pues nos muestra un estadio de receso de la expansión de la lengua catalana por toda esta zona, y hoy es más una frontera residual que nos permite intuir cuáles fueron sus avances y extensión otrora. En la zona que nos ocupa actualmente la frontera que viene derecha de Norte a Sur desde la Font de la Figuera, hace una inflexión abarcando la entrada del valle alto del Vinalopó para ganar Biar, y de allí sigue la línea de la frontera medieval hasta Petrer. Aquí comienza una anomalía y una extensión hacia occidente, saltando las cuencas del Vinalopó, para pasar a la zona centrada por la laguna de Salinas, donde hablan catalán todos los lugares hasta el límite moderno de la provincia: Monnover, el Pinòs, Xinorlet, Rodriguillo, L'Alguenya, La Romana, Novelda y el Fondó dels Frares y el de les Neus. Hay que señalar, que una de las cuencas del Vinalopó, que sigue a este grupo al sureste, habla castellano (Aspe y Monforte). La línea de nuevo vuelve a accidentes geográficos normales: como es la sierra de Crevillente, que también habla catalán, y se abre ya a la llanura, acercándose siempre al valle del Vinalopó, para correr luego saltando por el cordón de dunas costeras a buscar Guardamar, en la desembocadura del Segura, que es por hoy el lugar más meridional de habla catalana (13).

Con referencia a ella hay que señalar un notable dato, que apoya la otra frontera que nos interesa: la del obispado de Orihuela.

La creación del obispado orcelitano es muy tardía, ya en tiempos de Felipe II, intentando reprimar una antigua diócesis visigótica, por piques eclesiásticos propios del tiempo. No he de entrar en ello porque no nos interesa en modo alguno, pero sí algunos de los datos que en el proceso de creación se adujeron. El rey comisionó al deán de Gandía don Francisco Roca para que hiciese una inspección histórica del territo-

rio que había que conceder al naciente obispado. El deán intentó hacer valer documentos de Alfonso X, quien en 1266 había concedido unas tierras amplias al obispado de Cartagena, y otras fuentes. Es el caso que en la bula de creación otorgada por Pío IV, se aduce como una de las razones que justifican la separación de los territorios oriolanos del obispado de Murcia, la diferencia de lengua entre ambos. Esto se nos aclara por una cita de Viciana —que tomo de Figueras (14)—, que escribiendo en el siglo XVI dice: «En Orihuela y su tierra siempre se ha guardado la lengua catalana, porque en tiempo de la conquista se pobló la tierra más de catalanes que de otras regiones». Si ciertamente se habló —la documentación oriolana hasta el siglo XVIII fue redactada en lengua catalana, pero éste no es en modo alguno un aserto probatorio, pues también la altomedieval se escribía en latín, que ya nadie hablaba—, o no se habló el catalán no lo sabría determinar, pero sí que lo que se desprende de estas fuentes consultadas es la existencia de un hecho diferencial, del tipo que se quiera, pero vigente. Con tales antecedentes, hay que determinar ahora la línea de su frontera, y comentar después que nos proporciona (15).

La frontera septentrional del obispado es la misma que la meridional del arzobispado valentino, que ya antes se vio y que se corresponde punto por punto con la partición medieval de los reinos, ya comentada, según la divisoria de montaña y llano. Por el oeste, la frontera cruza el Vinalopó abarcando dentro de ella Elda y Monóvar, y por la línea de divisoria de aguas de la cuenca del Vinalopó va hacia el Sur, abarcando Novelda, Aspe, y por la orla montañosa de la sierra de Crevillente a buscar las orlas montañosas del occidente y llegar a Orihuela. De acá cruza el río Segura, y desciende por el sur de las Pías Fundaciones del cardenal Belluga, a entrar en las amplias montañas bajas y desiertas al sur de San Miguel de Salinas, y salir al mar en la orilla norte del mar Menor. Abarca, pues, como puede verse, toda aquella tierra sin dueño medieval, reconquistada por los caballeros de la Corona de Aragón que más arriba señalé (16).

Ya no he hallado más compartimentaciones de la zona que tengan un sentido útil y basado en hechos geográficos. Con éstas, sin embargo, se puede hacer una recapitulación y delimitar, todavía a modo de hipótesis de trabajo, unos límites teóricos de la zona, que luego aceptar o denegar según criterios de geografía física y humana.

Tenemos, pues, que sobre las fuentes clásicas, analizadas en el capítulo anterior, y que nos dan como términos septentrional y meridional los ríos Sucro y Thader (Júcar y Segura), que la distinción entre norte y sur del Júcar se nota ampliamente en el Calcolítico, y que posteriormente el adolecer de la investigación no nos permite

asegurar que subsista (más adelante podrá verse que en efecto debió subsistir, como lo probarán las épocas ibérica y romana) durante la Edad del Bronce.

Para el Sur, la presencia del Segura es más constante y a lo largo de toda la Edad Media, le vemos limitando la tierra de nadie, centrandlo el obispado orcelitano, los que también determinan unas líneas limítrofes que van por la divisoria de aguas de la orilla derecha del Vinalopó.

Así pues, la historia y la arqueología nos proporcionan dos grandes zonas fronterizas: el Júcar al Norte y la cuenca del Vinalopó y el Bajo Segura al Sur. Veremos ahora qué justificación geográfica tienen estos términos.

El Júcar

El río, que viene encajado en dirección noroeste - sureste, después de recibir por la derecha el Escalona, que viene igualmente encajado, formando dos bellos cañones, ensancha un poco su valle en el área de Sumácarcer, aunque ambas vertientes sigan siendo abruptas, como puede verse en el corto pero duro puerto de Cárcer, en la orilla derecha. A partir de este vallecito abrigado, lo que le hace hoy ser codiciado para el cultivo, en especial de agrios, el río se abre camino hacia el llano aluvial por el que discurrirá en el último tercio de su curso, pero cruzando antes unas tierras levemente más altas que las del llano en el triángulo formado por Antella, Gábarde —donde la carretera actual cruza el río— y Alcántara —donde, a juzgar por el topónimo **al-qántara**— el puente, la vía antigua lo cruzaba. Ya es significativo que en esta zona alta del curso, este haya cambiado en tiempo su discurrir, lo que nos explicará muchos otros fenómenos de la parte que le queda por recorrer hasta llegar a la mar, donde es singularmente meandrinoso. Es en esta zona donde de nuevo recibe por la derecha el aporte del río Sellent constituido poco antes por dos afluentes, el uno que avena la parte sur de la canal de Navarrés, endorreica más al norte, y el otro que desciende de la alta meseta desierta del Caroig.

Tuerce aquí el río súbitamente su dirección, para tomar, al entrar en el llano aluvial cuaternario, la del suroeste - noreste. En toda esta zona el curso meandriza ampliamente, y al abrigo de uno de esos meandros, que se encajó levemente, se sitúa Alcira (**al-yazira**, la isla, aún llamada **Algazira** en fuentes del siglo XIII) que ha sido considerada por muchos autores la ciudad del Sucro de las fuentes clásicas, lo que ya comenté en el capítulo anterior. En Alcira muere el extremo septentrional de la Serra de les Agulles, que el río, siempre meandrinoso, contornea algo al Norte, para adentrarse en una zona pantanosa en parte aún hoy y que lo fue más aún en la antigüedad,

pues hay testimonios abundantes de que los deltas del Turia y Júcar formaban un solo y gran pantano (17), en el que se alza Sueca, considerada también por otros autores como la ciudad del Sucro, basándose en la similitud de nombres entre Sueca y **Sicanus**, otro de los que las fuentes atribuyen al Júcar. El único obstáculo que queda por salvar es la montañita del castillo de Cullera, que determina un cabo, al sur de la que desemboca el río en la actualidad, si bien hay razones para pensar que en algún tiempo lo hizo al norte de la misma (18). En todo caso la desembocadura siempre fue por esta zona, y en la montañita del castillo se ha hallado restos ibéricos y de otras épocas, mientras en el extremo norte de la misma se sitúa una cueva de enterramiento eneolítica, todo lo que da pie a pensar en un poblamiento desde época remota de este lugar, obvia si pensamos en la presencia del gran pantano, intransitable, que la rodeaba hasta darle apariencia de isla.

Como puede verse, el río, desde que sale al llano forma una divisoria muy marcada e infranqueable. Abonan esto último la mención expresa de Estrabón de que es vadeable en un punto, si bien no dice cuál, y el topónimo Alcántara, que al aludir explícitamente a un puente en esta zona infranqueable, apunta más a su unicidad. Me inclino a pensar que pudo ser éste el paso, ya que tenemos noticia de la existencia de un camino que iba a Saitabi, y que debió cruzar el río por acá, como hace aproximadamente la carretera actual, que también huye la margen de la Albufera, entonces mucho mayor. La noticia de un puente romano en Alcira podría hacer inclinar el platillo de la balanza hacia un paso por aquel lugar, siguiendo aproximadamente la actual línea del ferrocarril Valencia - Almansa, aunque en mi concepto es más difícil por hallarse más cerca del pantano, y porque hay fuentes medievales que nos hablan que había que llegar hasta Alcira bien en barca, bien vadeando en épocas de estiaje (**al-Himyarí**).

Fig. 6 La estructura física de la Contestania. En sombreado zonas montañosas, en blanco zonas llanas que permiten fáciles desplazamientos (mapa de fluidez) 1 Cullera (en rayas: antigua desembocadura del Xúquer); 2. Riu Xúquer (Júcar); 3. Xativa; 4. Vall de Montesa; 5. Riu Cànyoles; 6. La Font de la Figuera; 7. Albaida; 8. Riu Clariano; 9. Valls d'Albaida y de Bocairent; 10. Villena; 11. La Vall-digna; 12. Gandia; 13. Riu d'Alcoi; 14. Denia; 15. Montgó; 16. Xàbia (Jávea); 17. Cocentaina; 18. Fola d'Alcoi; 19. Alcoi; 20. Gran núcleo montañoso central centrado por la Sierra Aitana; 21. El Mascarat; 22. Ifac; 23. Riu Xalò o Gorgos; 24. Riu Algar; 25. Altea; 26. Serra Gelada; 27. Benidorm; 28. La Vila Joiosa; 29. Riu de la Vila; 30. Port de Biar; 31. Biar; 32. Foia de Castalla; 33. Xixona; 34. Riu Mont-negre; 35. Cabeçó d'Or; 36. Elda; 37. Macizos del Malmó y de la Peña del Cid; 38. Novelda; 39. Aspe; 40. Alicante; 41. Elx; 42. Valle del Vinalopó; 43. Serra de Crevillent; 44. Orihuela; 45. río Segura.



De cualquier modo que se mire, lo que puede desprenderse con claridad de todo esto unido a las fuentes, es que el río Júcar desde que sale a la llanura (y anteriormente aún más, pues va considerablemente encajado) constituye una frontera natural insalvable. Veamos ahora qué ocurre al Sur.

El Bajo Segura

El río va discurriendo por su amplia vega en dirección Suroeste - Noreste, hasta que al llegar a Orihuela halla en su camino el obstáculo de la Sierra de Orihuela extendida en dirección Oeste Este, que le obliga a modificar su curso dirigiéndolo al Este. El panorama que se abre en dirección a saliente desde aquí, explica bastante la estructura de la zona. A la izquierda, esto es al Noroeste, las sierras de Orihuela y de Callosa, esta última alta y muy escarpada. Entre éstas y la costa, la tierra baja regada, destaca sus cultivos verdes que llegan desde el río al Vinalopó, ocupando toda la llanura, e interrumpiéndose en la costa, donde un cordón litoral de dunas fijadas, se eleva y hace como de borde de una cubeta cuyo fondo fuera la llanura entre el Bajo Vinalopó y el Bajo Segura.

A la derecha, esto es todo el Sur, el panorama es muy distinto, la tierra baja, pantanosa o regada por la corriente del Segura es contenida por una amplia extensión de tierras altas que contactan con la llanura en la línea aproximada que sigue la carretera de Orihuela a Bigastro y San Miguel de Salinas. Son unas lomas bajas, redondeadas, de tierra blanca caliza degradada, sin casi vegetación y prácticamente desiertas. Los escasos pueblos que se halla son muy recientes: Hurchillo, Torremendo, Rebate, no tienen más de dos siglos. Aún hoy el terreno es inhóspito y desierto, un gran vacío casi inculto. Otro tanto sucede al Norte entre estas montañas y el río: los lugares como Bigastro, que tomó el nombre de una disputa entre canónigos sobre el lugar donde se hallaba antaño el obispado del mismo nombre, pero que es fundación dieciochesca, la misma Torre Vieja, son muy recientes, en parte fruto de la colonización del cardenal Belluga.

Todo esto nos ofrece el panorama que debió de tener la zona en una etapa antigua: el gran pantano de la desembocadura del Segura, con aguas contenidas por el cordón litoral de dunas desde la altura de Santa Pola, y que debió de llegar hasta el Vinalopó, sobre el que emergen, como islas, las sierras de Callosa y de Orihuela, muy enlazadas, con sólo un pequeño paso transversal entre ambas, y en el horizonte, cercano, y cerrando el llano aluvial la sierra de Crevillente y las montañas bajas del retropaís de Elche que forman la divisoria de cuencas entre ésta y el

Vinalopó medio. Y al Sur las montañas, blancas, bajas, redondeadas y completamente desiertas, por cuya divisoria de aguas (los picos Pujal y Alcor) corre actualmente la línea de división provincial, en este caso, y casi por excepción, trazada por una auténtica distinción geográfica.

Salvada Orihuela, que debió establecerse ya de antiguo donde se halla en función de un posible paso del río (recuérdese que su sierra es rica en materiales de diversas épocas a partir del Calcolítico, y que cuenta con materiales del Bronce y una necrópolis de época ibérica) el único otro lugar de establecimiento posible en toda esta área es el proporcionado por el cordón litoral más alto, en función del cual hay que ver la serie de yacimientos de la desembocadura del Segura: Cabezo Lucero, poblado y necrópolis; El Molar, necrópolis; La Escuera, poblado.

Nos encontramos, pues, tras recapitular la imagen geográfica de ambos Júcar y Segura, en la posibilidad de establecer dos hipotéticos tipos de frontera geográfica: la frontera - lineal, establecida por un accidente concreto, y la frontera - desierto, señalada por una amplia área sin poblamiento. Al estudiar el caso del Júcar hemos podido ver como la línea del río en todo su curso, al ser infranqueable, señalaba una división tajante entre Norte y Sur. Que esta división responde a la realidad se prueba por los asertos históricos y geográfico - arqueológicos recogidos anteriormente. Al norte y al sur del río la vida continúa, sólo que incomunicada, o raramente conexa.

Un fenómeno semejante ocurre con la frontera medieval de los reinos, basada en la distinción visible entre llano y montaña en las cuencas del Vinalopó y en el Campo de Alicante. En uno y otro caso el fenómeno divisor atiende más a una línea que a un factor espacial.

Frente a esta fórmula hay otra, que también hemos visto ejemplificada ya y que responde a un muy otro concepto: el de vacío. Al sur del Segura hallamos unas amplias lomas chatas y dilatadas, completamente desiertas, y de suficiente extensión como para hacerlas prácticamente intransitables. A una parte y otra de ellas se habita, hay centros de población, hay movimiento, hay vida. Y sin embargo aquello permanece vacío, y sirve de territorio - tampón entre zonas que se ignoran mutuamente. El caso se nos repetirá más de una vez a lo largo del análisis de lo que queda de confines por estudiar, e igualmente cuando hable de la estructura interna de esta área. Es este segundo tipo de frontera, fundamentalmente diverso de la anterior, aunque pueda estar coexistiendo con ella —el caso del Segura, que además de la frontera lineal ofrece para mayor seguridad aislamiento—, una segunda frontera al Sur, la comentada, al que llamo frontera - desierto (19).

Aclarando así desde ya los dos tipos, me será más fácil hacer alusión a ellos en lo que sigue, y ahorrar largas descripciones para cada caso, que quedan suplidas con estas referencias.

Los límites occidentales de la Contestania

Una mera ojeada a un mapa topográfico de esta zona, en que se señale con claridad el relieve, hace que casi de inmediato salte a la vista la presencia de dos grandes valles que forman un ángulo abierto con el vértice hacia poniente y que contactan las dos llanuras litorales: la valenciana con la alicantina. Son los valles de Montesa y las cuencas del Vinalopó.

El valle de Montesa

El río Cànyoles es un afluente del Júcar, al que llega a través del río Albaida sobre el que ha confluído un poco antes, avenando en su curso toda la extensión del valle de Montesa.

Este valle de Montesa es el único camino de paso entre meseta y las llanuras aluviales de Valencia al comunicar toda la zona de Almansa con Játiva que es la llave de los llanos bajos del Júcar y del Turia. En rigor se abre tan sólo a partir de la Font de la Figuera, y entre ésta y Játiva, se extiende un valle amplísimo y de muy fácil paso, entre las orlas montañosas de la sierra de Enguera y la Serra Grossa. Es de notar que así como la Serra Grossa se muestra altamente poblada de yacimientos, y entre ellos alguno tan notable como la Bastida de les Alcuses de Mogente, no sucede lo mismo con la otra orilla, la de la sierra de Enguera, que da paso a la desierto aún hoy plataforma del Caroig (20). Así el valle nos muestra un perfil humano disimétrico: mientras su orilla derecha, además de ampliamente poblada, abre paso a zonas que lo están aún más, la orilla izquierda es una muralla que encierra la desnuda plataforma del Caroig.

Al Norte, Játiva cierra el paso a los llanos aluviales, en la zona en que el Júcar deja su encajamiento para abrirse a la llanura, y al tiempo la misma Játiva es el paso hacia los valles interiores como los de Albaida y Onteniente.

Al Sur, la Font de la Figuera se encuentra en la placa de cambio entre los caminos que pasan a la meseta y los que descienden hacia las cuencas del Vinalopó.

Todas estas características, unidas a la presencia del desierto de la orilla izquierda, que es perfectamente una frontera - desierto como antes he llamado, me hacen cerrar por aquí uno de los confines de esta zona, ya que claramente puede verse que desde el punto de vista de una geografía física y humana, esta orilla izquierda constituye una divisoria patente, todavía hoy. Basta contemplar el mapa, para ver como no existe

paso alguno que se abra de esta orilla hacia el interior, lo que está más aún en consonancia con este carácter de frontera que propugno.

Las cuencas del Vinalopó

En estrecha relación por su cabecera, como se ha visto, se halla el valle del Vinalopó, o por mejor decir, las cuencas del Vinalopó, ya que no constituye un valle seguido, sino una serie de cubetas salvadas por pasos rápidos del río, que va descendiendo una a modo de escalera, de una a la otra.

El Vinalopó, que nace en el valle de Bocairrente, y comienza su curso en el sentido que le mandan las alineaciones montañosas, la Sierra Mariola, que va de Noreste a Suroeste, abre un valle que va haciéndose cada vez más amplio hasta llegar a la canal de Villena, donde toma su nuevo sentido, perpendicular al que hasta el momento traía.

A partir de aquí, tras cruzar toda la zona de Villena - Caudete, que constituye la primera cubeta, pasa un estrechamiento y se abre a la segunda cubeta, donde están Sax, Elda y Petrel.

No es tan fácil su salida de aquí, y ha de tajar la roca a la salida de Petrel antes de abrirse a la gran cuenca de Novelda, donde están Aspe, Monóvar y Monforte, y de donde, tras atravesar unas tierras altas se lanza al fin a la llanura litoral, donde riega Elche y donde confunde su dominios con el del Segura, regando entrambos una vega honda, contenida por el cordón litoral, que no deja que el propio Vinalopó salga al mar, perdiéndose antes sus aguas en el pantano de El Hondo.

La orilla izquierda de estas cuencas, hasta la altura de Monforte, forma parte de la línea frontera medieval de los dos reinos. Por la orilla derecha nos hallamos de Norte a Sur con los siguientes accidentes: la orla montañosa del corredor de Villena, que en los Picachos de Cabrera cierra el valle, y las orlas montañosas de las cuencas de Elda y de Novelda, la primera en divisoria de aguas con la cuenca endorreica de Salinas que se abre hacia Murcia, y la segunda enlazando sus orlas con la sierra de Crevillente al Sur y dividiendo una fachada litoral, hacia la llanura costera, de un mundo montañoso interior, no comunicado con ella en modo alguno, salvo el amplio valle, que ya más al Sur, entre las sierras de Crevillente y la de Callosa y Orihuela, se abre hacia el territorio murciano, pero que no está recorrido por ninguna vía de acceso, por lo que es de suponer que no representa ningún paso.

Nos encontramos por tanto con un caso parecido al que señalé en el valle de Montesa, sólo que aquí es la orilla izquierda la que constituye la frontera clásica medieval, y la orilla derecha

la que nunca ha sido nombrada. Tras recorrerla, y ver que los accesos a la cuenca de Salinas son hechos no a través de la divisoria de aguas, como podría ser lógico, sino rodeándola por el Sur y por el Norte, y teniendo en cuenta la relativa falta de población del área, y la presencia de esta orla montañosa de las diversas cuencas que hace de murallón que las contiene, y que es infranqueable, he pensado que nos hallamos de nuevo ante un ejemplo de frontera - desierto, y sin más la he trazado arbitrariamente —pues no tenemos referencia otra alguna— por la línea de partición de aguas entre las cuencas de Vinalopó y la cubeta de Salinas. Un poco más al Norte, sin embargo, hay que incluir a la zona el área de Caude, que forma un continuo con la cubeta de Villena (21).

Con esto, por tanto, se queda completado el cinturón de fronteras de la zona. Creo que tras lo visto puede afirmarse la existencia de una serie de líneas naturales divisorias de un territorio por las zonas que he señalado, y aún más, que estas líneas divisorias son las extremas posibles, y que por ende, cuanto abarcan constituye una unidad, o un conjunto de unidades, bien que en cualquiera de los dos casos cercadas por un cinturón obvio y evidente.

Queda tan sólo resumir la descripción de estos confines después de haber llevado a cabo su prueba.

Resumen: los confines de la Contestania

Una vez probado que existe entre las provincias de Alicante y el sur de la de Valencia una entidad geográfica circunscrita por unos límites naturales claros y tangibles, y visto que a estas zonas dan las fuentes clásicas el nombre de Contestania, creo que no es muy aventurado darlo a esta región que he intentado delimitar.

Si en un capítulo anterior pedía la presencia de un área con características geográficas diferenciales, como base del estudio, y esto que entonces era una mera hipótesis de trabajo se demuestra como un ente con existencia real, creo que no hay que dudar en darle tal nombre, sin perjuicio de discutir en su lugar las opiniones contrarias al empleo del mismo.

La Contestania, por tanto, presenta como límites naturales por el Norte la montaña de Cullera, el curso del Júcar hasta la altura del triángulo Gabarda, Alcántara, Antella en que muerde la orla montañosa occidental, la misma que en dirección Noreste - Suroeste constituye la orla occidental del valle de Montesa, jalónada por la sierra de Enguera. En Fuente la Higuera se inicia un viraje de 90°, alrededor de sus montañas, para abrirse al corredor de Villena, limitado al Oeste por una orla de montañas con algunos pasos al interior, que desembocan en la serie de

cuenas del Vinalopó, cuya divisoria de aguas por la derecha marca de nuevo el límite hasta enlazar con la sierra de Crevillente, ya abierta en su solana al llano aluvial del Bajo Segura, y por las sierras de Callosa y de Orihuela cruza el río en la misma ciudad, y se interna por las montañas bajas y chatas entre ambas provincias buscando la divisoria de aguas hasta arribar al mar, al norte del mar Menor.

LA DIVISION INTERNA DE LA REGION CONTESTANA

Señalados ya los límites exteriores de la Contestania, queda ahora apuntar a una compartimentación interna, patente, y de la que ya se ha hecho alguna mención en anteriores páginas. Por el momento es en vano intentar establecerla también en el campo arqueológico, pues nos falta todavía mucha información y aún ésta muy detallada, lo que hace imposible que se pueda intentar un ensayo semejante, pero es útil el señalarla, siquiera sea desde el ángulo de la geografía física y humana, porque quizás algún día, un mejor conocimiento de los materiales arqueológicos de esta zona permitirá —si las hay— hacer precisiones en este sentido.

Conviene, de entrada, señalar cuáles son las diversas compartimentaciones geográficas que he manejado para llevar a cabo la tarea.

El estudio más reciente es el de Rosselló (22), dedicado a la provincia de Alicante, como en general todos los que citaré, dado que ésta presentaba más problemas a resolver en este orden de cosas. En él se resume todos los intentos anteriores y se presenta una visión nueva y al día separando el área en un serie de zonas que aprovecharé más de una vez, y que son de Norte a Sur, el Marquesat de Denia, los Valles de Alcoy, la Marina, la Hoya de Castalla, el Alto Vinalopó, el Vinalopó medio, el Campo de Alicante y el Bajo Vinalopó, dejando al fin, al Sur, el Bajo Segura.

Anteriormente se había hecho ya por parte de López Gómez (23) una división fisiográfica, que para toda la zona que estudio se establecía de la siguiente manera: de Norte a Sur se presentan, la Ribera del Júcar con la Huerta de Játiva; las comarcas de Valldigna y Gandía; las sierras y valles interiores de la serranía de Alcoy; las sierras orientales y la Marina; y por último los valles meridionales interiores y los llanos meridionales de Alicante y Elche.

En criterios históricos y de geografía humana, se basaba la división que efectuó Sanchis Guarner (24) en una serie de grupos distinguidos por los nombres de Mariola - Benicadell - Aitana; Alt Montnegre; Valls de Pego; Marquesat de Dé-

nia; La Marina; Alt Vinalopó; Vinalopó mitjà; Horta d'Alacant; Camp d'Elx, y Horta d'Oriola.

Más reciente es la división llevada a cabo, basándose en las anteriores y en sus propios trabajos por P. Pérez Puchal (25).

Con estos cuatro criterios como guías, y con revisión personal de la zona, repetida múltiples veces en diversos viajes, mapa en mano y carnet de notas en la otra, anotando singularidades del paisaje, y vías posibles de penetración, he establecido una serie de regiones en sentido amplio, dentro de la Contestania, en función de las posibilidades viarias de la época, y reconstruyendo mentalmente, en la medida de lo posible, un paisaje pretérito, apenas hollado por la mano del hombre.

A partir de estas bases, y dejando de lado las zonas marginales, de los pantanos del Júcar, el Valle de Montesa, las cuencas del Vinalopó, y el pantano del Segura, analizadas ya anteriormente, y que por sí solas pueden constituir otras comarcas del gran conjunto, indicaré ahora las grandes divisiones que pueden establecerse, para pasar después a justificarlas según sus fronteras naturales.

De Norte a Sur hay que señalar la gran llanura costera desde el Júcar hasta el Mascarat, en las estribaciones últimas de la sierra de Bernia, en la que el paso estrecho de la Garganta de Gata podría distinguir dos subregiones: la llanura costera de Gandía - Oliva - Denia al Norte, y el Marquesat histórico (costa de Jávea, cabo de San Antonio) Benisa y Calpe, al Sur. Al Oeste está la gran depresión interna de los valles de Albaida y Bocairente. Sigue luego hacia el Sur, el gran núcleo montañoso central, limitado por éstos y por la frontera histórica de Busot - Biar en la parte meridional, dentro del que cabe distinguir esencialmente la hoya de los valles de Alcoy con sus múltiples ramificaciones. Al sureste del núcleo montañoso central está la costa de la Marina, desde el Mascarat a las montañas de Busot y Aigües, para empalmar con la frontera histórica, al sur de la cual se señalan el llano de Alicante, separado del Campo de Elche por unas pequeñas elevaciones, y este último que enlaza con el ya descrito Bajo Segura.

La gran llanura costera oriental

Subregión septentrional. — Pasada la antigua marisma del Júcar, hacia el Sur, se inicia una llanura costera cuaternaria, entre las playas de arena y las montañas próximas al mar. Al Norte, la Serra de les Agulles que nace por un extremo en Alcira, como ya se vio, abriga en su falda meridional un entrante profundo que prolonga la llanura costera hacia el interior: la Valdigna, al sur de la cual comienzan a alzarse las altas montañas de la retrotierra de Gandía, con el valle de

Marxuquera, y que culminan en el pico del Mondúver. Los pasos estrechos que determina la cercanía de la montaña al mar en algunos puntos, hacen necesaria la presencia de fortificaciones, como el castillo de Bayrén, en el que ha perdurado en época medieval una vieja fortaleza ibérica.

Sigue la misma llanura litoral ensanchándose y estrechándose, hacia el Sur. Los pasos que se abren hacia el interior muestran también lugares de población, como el que guarda el comienzo de la actual carretera de Oliva a Pego, en función de la entrada a la región de la Vall de Gallinera o de la de Lauar, probablemente. Conocemos bien su necrópolis, al pie de un poblado apenas prospectado. La subregión septentrional termina al Sur, con el comienzo del paso estrecho y algo más alto determinado por el Montgó a Levante y el núcleo montañoso central a poniente.

Subregión meridional. — Se abre por el macizo del Montgó, en que se ha hallado una amplia serie de fortificaciones en el Pic de l'Aguila y en el alto de Benimaquía. Es zona de considerable interés por lo sacudida que ha sido por la investigación tradicional, que vio en esta avanzada la más oriental de la zona, el lugar de penetración de las patentes influencias helénicas del material arqueológico del interior con escasa base como queda dicho.

Hay que señalar con todo que la zona fue muy notable en la antigüedad, y que nos ha proporcionado abundantes noticias con que ilustrar la época ibérica. A los hallazgos de fortificaciones del Montgó, hay que añadir los tesoros de monedas antiguas, de las colonias griegas de Magna Grecia; y el famoso tesoro de joyas ibéricas de Jávea. Por último, la falda de la montaña de Ifac ha dado un establecimiento ibérico antiguo, y hay noticia de que se prolongó posteriormente. Esto en lo que se refiere a yacimientos notables.

La subregión meridional constituye un **cul de sac** en su extremo sur, donde se lanzan sobre la mar las crestas últimas de la Bernia, que aún hoy hay que salvar por medio de túneles excavados en la roca. En ésta una de las fronteras más claras de toda la zona. Por el interior, las comunicaciones con el núcleo montañoso central no son excesivamente expeditas a decir verdad, si se salva los valles bajos del Girona y del Xaló, que pueden proporcionar un leve paso.

Los valles de Albaida y Bocairente

Paralelos al trazado general del valle de Montesa, en dirección Suroeste - Noreste, se enlazan estos dos amplios valles, que con la hoya de Alcoy constituyen los núcleos más importantes de la mitad norte de la Contestania.

Aunque cabe una separación entre ambos, basada esencialmente en la dirección de las corrientes que los cruzan, pues mientras el valle de Albaida vierte esencialmente hacia el Noreste, a través del río Albaida, y del Clariano, entre otros, el de Bogairente, recorrido por el Vinalopó alto, drena el país hacia el Suroeste, no es menos cierto que una unidad esencial los caracteriza, y que constituyen, con su paralelo, una poderosa vía de comunicación, como se verá más adelante al estudiar la Hoya de Alcoy.

El valle de Albaida se establece entre las sierras Grossa, al Norte, y la alineación de Agullent - Benicadell al Sur. Su salida septentrional hacia Játiva - Saitabi se hace en la actualidad a través de un puerto fácil, mientras el río busca un cañón, que hoy aprovecha igualmente el ferrocarril, el llamado Estret de les Aigües, que ha debido ser paso de antiguo, ya que en él tenemos una de las más importantes cuevas musterienses de la región: la Cova Negra de Játiva. La única metrópoli importante que hoy conocemos es el gran poblado de la Covalta, paralelo de la Bastida y de tantos otros, en el mundo ibérico de la primera época.

En cuanto al valle de Bogairente, sus límites norte y sur son las sierras de Onteniente y Agullent, y el gran macizo de la Mariola, que enlaza con las montañas del valle de Biar. Entre éste y el valle de Montesa, se abre un pequeño valle, paralelo a ambos, el de Fontaneres, que se abre hacia el corredor de Villena, y que no he señalado en los mapas por su escaso interés por el momento, pero que presenta la particularidad que en su límite norte, que linda con el valle de Montesa, se establece, dominando los pasos de uno a otro, el gran poblado de la Bastida de les Alcuses.

En el valle de Bogairente propiamente dicho hay que señalar como lugares notables, el poblado del Cabeço de Mariola, y la muy famosa Lloima de Galbis, cercana al nacimiento del Vinalopó, en que apareció el león de Bogairente, poblado que hay que atribuir al siglo IV por la aparición de esta notable pieza escultórica.

El gran núcleo montañoso central

He dado este nombre, por simplificación, al territorio limitado por el Norte por los valles de Albaida y Bogairente, al este por la llanura costera en sus dos subregiones, y por la Marina, y por el Sur y el Oeste, por la línea de división llano - montaña, que, como dije, constituye la frontera histórica de los dos reinos.

Su interior es muy diverso, y podría establecerse en él una serie de divisiones: los valles del Noreste, los valles del Sureste y la Aitana, la Hoya de Alcoy y la Hoya de Castalla. En realidad, y a fin de simplificar un poco esta imagen a la

que los hallazgos no nos dan pie para ilustrar convenientemente, he preferido una visión más simplista, centrada en la Hoya de Alcoy, capital por el momento de esta zona, pues es donde conocemos un poblamiento más conspicuo y unos poblados más notables. La hoya en sí, además de su territorio propio, tiene una serie de ramificaciones, valles que han dado nombre al conjunto, llamado en algunos lugares «les valls d'Alcoi». Son por el Oeste el de Agres, y al Suroeste el del río Polop. Una estrecha orla montañosa separa éste de las últimas avanzadas de la hoya de Castalla, por donde viene la actual carretera, con un puertecito, y que son salvadas por el ferrocarril en construcción Alcoy - Alicante, por un túnel. Al Noreste el valle de Perputxent a través del estrecho o cañón de l'Orxa, vierte las aguas del Serpis, o en su nombre real, el riu d'Alcoi, al exterior de la hoya. En fin, al Este y al Sureste se abren nuevos valles, el de Planes, que da acceso a la vall de Gallinera, el de Ceta, y el de Penáguila, por el que a través del puerto de Alcoleja ingresa el camino que conduce a la Vila Joiosa, por el sur de la Aitana, mientras por el Norte hay el otro camino, todos ellos de herradura en época antigua, que conduce a Callosa d'En Sarrià y a Altea.

En la propia hoya, dominando la ciudad actual de Alcoy, establecida en pendiente sobre diversos barrancos, se halla el poblado y santuario de la Serreta. En la horquilla que forman las actuales rutas a Alicante, a través de la Carrasqueta, ruta intransitable otrora, salvo para peatones, y la que conduce, rodeando la sierra Aitana por el Sur a la Vila Joiosa, se sitúa el poblado de El Puig. Esta segunda ruta es vieja, y tradicionalmente ha sido la que ha llevado el pescado fresco, a lomo de caballerías, desde las pesquerías de la Vila hasta Alcoy, lo que hace suponer que es transitada desde siempre. Es una ruta que aprovecha en la segunda parte de su trayecto el valle del riu de la Vila, hoy llamado —extrañamente— Amadorio.

Diversas vías de penetración, como la que acabo de citar, comunican la hoya con el mundo circundante, unas simplemente contemporáneas, otras que pueden venir desde viejo tiempo. De Norte a Sur y luego otra vez al Norte, haciendo un recorrido en el sentido de las agujas del reloj, señalaré las que actualmente son visibles, o que geográficamente permiten un paso.

Al Norte, entre la Mola de Agres, y la sierra del Benicadell, se abre en la actualidad el puerto de Albaida, que enlaza la hoya con el amplio valle de aquella. No es tan difícil el camino para peatones, que no haya podido ser empleado en época antigua, y en general, casi todos los pasos (si se piensa en caminante solo) lo son. Otra cosa sería pensar en vehículos, por primitivos

que éstos fueran, o en el paso de un ejército organizado, que requiere su espacio, pero no ha lugar imaginarlos ahora.

El riu d'Alcoi se abre paso hacia Gandía a través del estret de l'Orxa, cañón por el que corre el río muy encajado, y que es sinceramente intransitable. De él puedo decir apelando al testimonio de don Vicente Pascual, director del Museo Municipal de Alcoy, que lo ha cruzado a pie, que es casi imposible, salvo que se recurra a lanzarse a las aguas en los puntos más estrechos. No parece, por tanto, un paso muy oportuno, por lo que hay que suponer que el cruce de la hoya a la llanura costera oriental debió de hacerse por otros caminos como el que acto seguido indica.

A levante de Alcoy, y desde la misma ciudad, puede verse un ancho paso por el Sur del Benicadell. Es «la vall de Gallinera», que arranca del valle de Planes, y que forma parte del complejo sistema de valles que en dirección Este-Oeste se establecen en el ángulo oriental del gran macizo montañoso central compuesto por los valles de Gallinera, de Alcalá, de Ebo, etc. Queda alineada por el Norte por la sierra de la Albureca, mientras que al Sur la separa de la vall de Alcalà el macizo en que se halla el Xarpolar, monte de altos crestones y cortados, dominado por un poblado ibérico al parecer de la segunda época. El valle es transitable para peatones, bien que hoy se halle recorrido por una carretera que va a morir a Pego.

Las sierras Serrella, al Norte y Aitana al Sur, delimitan otras vías corridas por caminos actuales. Por el norte de la Serrella un camino moderno conduce hacia la zona del Montgó y de la sección meridional de la llanura costera, pasando por el Castell de Guadalest. A su entrada guarda el paso un yacimiento que ha proporcionado otra notable escultura, la «bicha», ¿toro o caballo? de Balones.

Entre la Serrella y la Aitana se abre un valle bastante amplio que enlaza con la región de Callosa d'En Sarrià, mientras que por el sur de la misma Aitana, buscando el pie del Puig Campana y la cuenca del riu de la Vila, con el antiguo pantano de Relleu, donde se ha hallado restos ibéricos, pasa la vía que ya he comentado más arriba.

Totalmente infranqueable es el paso actual de la hoya a la canal de Jijona a través del puerto de la Carrasqueta. La frontera aquí es muy clara, y el enorme desnivel de la sierra sobre el hondo de Jijona y la Torre de les Maçanes, es divisorio totalmente.

Con la vecina Hoya de Castalla, también se ha comentado anteriormente el enlace, que es para peatones, pues el ferrocarril proyectado lo cruza por un túnel, lo que indica bien a las claras

que no hay un paso fácil. Una carretera provincial lo salva hoy.

Queda por ver el único gran paso carretero de que dispuso la Hoya de Alcoy hasta época contemporánea: el que de la cuenca de Villena, por el valle de Bocairente, se abre paso a semejante nivel que el de la hoya. Aun en el siglo pasado, Madoz señalaba que éste era el único camino de entrada a Alcoy, lo que hace suponer que ni el puerto de Albaida, ni la Carrasqueta, eran lugares transitables para convoyes de una cierta categoría, ya que se ha visto que las otras vías son de peatones o de herradura. El paso debía hacerse aprovechando el collado entre la Mariola y la Peña de Blasca y sierra Umbría, a la altura de Banyeres, por donde hoy hay una carretera, probablemente. Es singularmente significativo que los grandes pasos posibles de la hoya estén más en función del Norte y del Oeste, lo que ha determinado históricamente una versión hacia la parte norte del país, y la rivalidad habitual entre alcoyanos y alicantinos que reprochan a aquéllos el mirar más hacia la cabeza del país, Valencia, en lugar de verterse hacia Alicante, lo que está fuera de lógica por las circunstancias geográficas señaladas.

La Marina

Es el nombre tradicional de la zona de costa entre Ifac y Villajoyosa, que aparece normalmente desde Jávea hasta la última, pero que he reducido a este espacio en función de la frontera del Mascarat establecida anteriormente.

Limita, pues, al Norte con las estribaciones de sierra Bernia que caen sobre el mar, en el Mascarat, y al Sur con el último extremo de la frontera histórica de los dos reinos, la frontera desierto de las chatas montañas que alcanzan el mar a la altura de Campello y que se anudan alrededor de Busot y Aigües de Busot. Por el occidente el límite es, como siempre, la distinción entre montaña y llano. Al centro de la parte oriental de la región, destaca una sierra paralela al sentido general de esta región, en dirección Sur-oeste - Noreste, la serra Gelada, que cae a pico sobre el mar, y que está flanqueada por Altea y Benidorm. Altea, que ha sido comparada e incluso identificada por la similitud de nombres con la Althaia de las fuentes, con la que sin duda no tiene nada que ver, y Benidorm, al sur del cual, en el paraje llamado la Cala, por la que allí se encuentra, se alza el Tossal de Polop, con un poblado y un posible santuario de la Gran Madre a juzgar por las terracottas allí encontradas, y que tuvo un establecimiento de la primera época ibérica en la orilla de la playa.

En Benidorm se ha querido situar la mítica Alonae o Alona o Alonis de las fuentes, sin resultados positivos, ya que salvado el poblado de

la Cala, nada se conoce de particular que permita esta atribución. Si se piensa por otra parte que algunos autores han puesto en relación el nombre Alonis con el griego *hals* = sal, no es éste precisamente el lugar más apto. También el islote ha sido identificado con diversos lugares, pero una exploración del mismo ha mostrado ser invención peregrina tales atribuciones e identificaciones, ya que no hay restos antiguos.

El campo de Alicante

Si su frontera norte nos queda muy clara, ya que se basa en la distinción entre llano - montaña en que se apoya la frontera histórica de Aragón - Castilla, la frontera sur no es tan evidente, si bien puede señalarse en un lomo alto que hay que salvar entre Elche y Alicante, y que viene a salir a la mar a la altura de El Altet, topónimo por otra parte muy significativo en este sentido.

El llano que constituye en buena parte la llamada «huerta» de Alicante, por abusiva extensión del término, pues no son precisamente hortalizas lo que más se cultiva allá, sino más bien un secano organizado, muestra en su parte sur y suroeste amplias manchas de estepa o casi desierto, con cuencas salinas, y terrenos sin vegetación sobre todo hacia la zona de la sierra de Fontcalent y la orla montañosa de la frontera Busot - Biar, por el área de Agost y Monforte.

Es dudoso, más cabría incluir en él la canal de Jijona que por el paso entre la Peña Roja y la sierra baja de Almaén tiene fácil comunicación con él, aunque un rigor estricto ha de hacer pasar la frontera histórica por estas montañas. En todo paso, Jijona, con el poblado que tiene en la montaña de la ermita de Santa Bárbara, puede ser considerada una transición.

Al Norte, desde el Cabeçó d'Or hasta el mar se extienden las lomas entre los valles de Aigües y Busot y el mar, que forman una frontera - desierto ya señalada.

El todo está vertebrado por el riu de la Torre o Montnegre, uadi que baja seco habitualmente y que se abre paso por un llano cuaternario, aluvial, con gruesas capas de cantos rodados en la estratigrafía que corta el cauce del río.

Los caminos del campo de Alicante tienden hacia el Sur o hacia las cuencas del Vinalopó. No parece existir relación con el Norte ni con el Noroeste, al menos geográficamente hablando. Quizá lo más notable sea la costa, con la isleta de Campello, en que se ha hallado un establecimiento ibérico, y con la punta saliente del cabo de las Huertas, que abriga la Albufereta y la actual Alicante. Esta costa muestra al menos dos fondeaderos útiles: el de la Albufereta, antiguo estero, que consta fue empleado como puerto en época romana (26), del que quedan restos de subestructuras, y el de la desembocadura del barranco de

San Blas en la actual playa del Babel, que era aún bueno en la Edad Media, y desde luego superior al lugar en que se emplazó el actual puerto de Alicante. Si estos fondeaderos se usaban ya en época ibérica es algo positivamente ignorado, bien que serviría para apoyar la entrada de los abundantes materiales de importación aparecidos en toda la costa y que hasta la fecha no han podido ser emplazados por ningún lugar seguro, faltando la evidencia, como se viene viendo, de las colonias griegas que se suponía en esta zona.

La parte occidental y meridional de éste es mucho más seca, más desértica y más pobre. Hay que señalar, con todo, la presencia de un yacimiento que perduró desde época ibérica vieja hasta la visigótica, en una zona que debió tener gran poblamiento y actividad, a causa de una fuente que allí mana ininterrumpidamente y que constituye alrededor de ella una especie de pequeño oasis, ya que los alrededores están formados por pequeñísimas cuencas salinas, endorreicas, con extraños fenómenos de erosión y arenas frecuentemente movedizas y minadas en su interior. Se trata de los establecimientos de la sierra de la Fontcalent, al pie oriental de la misma, y junto a la fuente que da nombre a toda la sierra.

Dentro de la zona ya no cabe citar yacimiento otro, y hay que salvar el lomo divisor de aguas entre éste y el campo de Elche para adentrarnos en otra de las subregiones de la Contestania.

El campo de Elche

Centrado naturalmente por el gran yacimiento de la Alcudia, metrópoli de la región y seguramente de toda la zona meridional de la Contestania. Compuesto esencialmente por dos zonas, su frontera con el Bajo Segura se difumina y no es fácil de trazar.

De las dos zonas es la primera una tierra alta, con cultivo de secano en la actualidad, que responde a la parte nordoccidental que se abre a la última cuenca del valle del Vinalopó, flanqueada por los poblados de Agost y de Aspe en sentido amplio. En esta zona se halla aún La Alcudia, que fue un cerro hasta la explanación realizada para su puesta en cultivo en fechas muy recientes.

De La Alcudia a Santa Pola el terreno desciende constantemente, y sólo se halla retenido por un cordón litoral de dunas fijadas en la actualidad con pinos, que retienen hasta las aguas del Vinalopó, que se remansa y forma unas albuferas, empleadas como salinas hoy dando entrada al agua del mar a través de esclusas en las dunas. Esta zona, en que hay que señalar la presencia del *portus illicitanus* de época ya romana —lo que hace pensar que en época anterior pudo haber aquí algún fondeadero— enlaza con la

YACIMIENTO	M E T A L E S							R A M I C A S					VIDRIO	HUESO	ESCULTURA Y VARIOS	ARQUITECTURA Y URBANISMO Otras Precisiones
	BRONCE		HIERRO		ORO y PLATA	PLOMO	Arcaizante común	IBER.	GRIS	BICROMA	IMPORTADA	Coroplastia y otros				
	Suntuario	Utensilios	Armas	Utensilios												
EL CASTELLAR Necrópolis	Fibulas anul., fibulas La Tène, anillos, brazales, placas circulares, broche cinturón, cuadrado.		Lanzas, regatones, falcata.	Cuch. afalcata.				Urnas de ornas bicónicas Oliva.			1 Kylix ático BN, campaniense B.		Cuentas verdes y amarillas.			
LA BASTIDA Poblado	Fibulas La Tène, fib. anu., estatuillas, broches cinturón, sortijas, apliques.	Ponderales, pinzas, platillos balanza.	Umbo de escudo, soliférrea, asas de escudo, lanzas, regatones.	Bocados de caballo, abundantes útiles de trabajo de diferentes tipos.	Pendientes, anillos plata, cadenilla.	Cazuelas, placas perforadas, ponderales.	Vasos piriformes y globulares, toneletes, ánforas ibéricas, Mañá A.	Lisa; decoración compleja.	Platos caliciformes bicónicos.	Platos.	Ática fig. rojas, ática barniz negro (formas 21, 21/25, 22, 23, 24, 40, 42, 43, 44, 45, 46).	Fusayolas, pesos telar, tejos, morillos.	Cuentas frag. vasijas.	Tabas, agujas cabeza dec., placas dec., puño cuchillo.		Doble recinto, muralla con torres, casas rectangulares, aparejo piedra a seco, calles con escaleras y rampas.
LA MOLA DE TORRO Poblado				Fragmentos.				Decoración sencilla.			Ática de barniz negro con palmetas.	Fusayolas.			Cabeza caballo.	
LA COVALTA Poblado	Fibulas anulares, fib. serpentiformes, fib. La Tène I, fib. La Tène II, sortijas, aretes, pulsera, broche cinturón, asa de stula tarentina.	Pinzas, esquilas, ponderales.	Falcata, lanzas, jabalinas, regatones, asidero de escudo.	Hoz, cuchillos, podones, llave, asadores, paleta forja, hacha, tijeras, compás, freno caballo, herradura, acicate, taladros, fibulas, arado votivo.	Frag. pendiente, frag. diadema.	Ponderales.	Grandes vasos, cuencos, cazuelas.	Lisa, decoración métrica sencilla, peces decor. morfa.	Caliciformes.	Fragmentos.	Ática fig. rojas, ática barniz negro.		Cuentas agalónadas, entalles, cabezita policroma.	Agujas cabeza dec., punzones.		Muralla de 3 m. gruesa construcción piedra en seco, casas rectangulares.
BENIMAQUIA Poblado		Ganchito.						Fragmentos decoración sencilla.				Fusayolas.				Muralla en ángulo recto, torres rectangulares (6), ancho muralla 1,5-2 m., aparejo mampuesto basto.
PIC de L'AGUILA Fortificación								Fragmentos decoración geométrica, veget. liria.			Frag. campaniense B y C.					Tres murallas de distinta anchura (4; 2,50; 3,60 m.), mampuesto a seco, en alineación quebrada, para flanqueo.
EL XARPOLAR Poblado	Frag. fibula doble resorte, broches cinturón, conchas aplique.	Agujas, anillo, ponderales.	Falcata.	Argolla, llave, hoz, azuela, cincel, varillas.				Frag. decoración métrica, vegetal (Elche).			Ática barniz negro campaniense B.	Fusayolas.		Anillo.		Muralla. Cercos concéntricos con casamatas, construcciones de piedra seca.
EL PUIG Poblado	Fib. anul., 1 arco de fibula en hoja de laurel.	Ponderal cuchillos.	Regatón, punta lanza, falcata.	Cuchillos afalcata, frag. informes.		Placas perforadas, ponderal.		Decoración t.	Platos.	Platos decor. roja+azul.	14 frag. Kraterai y Kylikes, fig. rojas, ática barniz negro formas 21, 22 y 42.	Fusayolas, figurilla femenina.		Agujas.		Gran muralla, dos recintos.
LA SERRETA Poblado Santuario	Broche garfios, fib. anulares. Anillos fibulas.	Cuencos, esquilas, platillos balanza, anillos ponderales, acicates, agujas, pinzas, llaves, punta dardo. Punzón.	Puntas lanza, regatones.	Sierras, podón, tijeras, legones, martillos, escoplos, punzones, cuch. afalcata, ruedas carro, fib. pie alto.	Anforita de plata, frag. de otra. Arete plata.	Placa perforada, calderos.	Anforas ibéricas tipo Mañá B, D, E. Toneletes, arcaducas, toberas, morteros, cazuelas grises.	Decoración sencilla, compleja Oliva-liria, lis.	Platos, jarras, caliciformes.	Sepia+gris. Sepia+siena.	Ática figuras rojas, ática barniz negro formas 22, 23, 40, 45, 48. Campaniense A formas 26, 27, 30, calena: cuenco con umbilicus, campaniense B: lucerna, lucerna de cara, lucernas delfiniformes. SIGILLATA SUD GALICA Drag. 18, 24/25, 27, 35.	Manos almirez, fusayolas, askós en forma de paloma. Figurillas: gran diosa, hombres, grupos.	Cuentas.	Peines, agujas.		Rastros de muralla, muros piedra con argamasa, calles longitudinales, planos transversales en escalera, canales de avenamiento.
IFAC Poblado							Anforas ibérica Mañá B.	Frag. lisa, decoración geométrica compl. engo.		Rojo+azul, siena+rojo.	Ática de barniz negro, frag. campaniense A y B.					
TOSSAL DE LA CALA Poblado	Asa oinokhoe.	Esquilas, anzuelos, agujas, redes, bocado caballo, pinzas.	Regatones, puntas lanza.	Sierras, llave, escoplo, clavos.		Glandes honda ponderal, placa perforada, contrapesos de red.	Anforas ibéricas Mañá C.	Lisa, decoración, Elche-Arja.	Jarrita.		Ática fig. rojas, ática barniz negro, formas 22, 24, 42 campaniense A, formas 27, 33, 34, campan. B.	Fusayolas, thymiaterion, cabeza femenina.	Chatones de anillo.	Agujas, punzones charnela de caja.		Poblado inferior: doble muralla, poblado superior: calles transversales en escalera, aparejo piedra a seco.
ILLA DE CAMPELLO Poblado		Anzuelo.	Falcata, soliférrea.	Anillo.		Plancha perforada.	Urnas cocina grises.	Decoración sencilla simple y			Kratera fig. rojas, ática barniz negro, formas 21, 24, 42, campaniense A.	Fusayolas, matriz de sellar pan.				
TOSSAL DE MANISES Poblado							Orzas.	Decor. geométrica, Elche, figuras	Caliciformes, jarritas.		Kraterai fig. rojas, ática barniz negro, campaniense A y B.					Muralla mampuesto y argamasa (siglos III/II AC), torres sillería, adosadas (I AC).
LA ALBUFERETA Necrópolis Tumbas Exc. Lafuente.		Objetos varios. Braserillo.	Falcata.		Aretes.		Olla gris.	Unguentario.			Kylikes fig. rojas, tapa lekani fig. rojas, ática barniz negro.	Fusayolas, thymiaterion, cab. femenina, cueva de Terracotta.	Entalle.	Apliques de arqueta.	Frag. tejido lana.	Sepultura 127
								Lacrimatorio.			Ática fig. rojas, ática barniz negro.	Thymiaterion, sab. fem., fusayolas, ojo.	Cuentas.	Tabas.		S/n.
								Urna ovoide.				Thymiaterion, sab. fem.			Cáscaras huevo avestruz.	S/n.
			Soliferreum, punta lanza.					Varios vasos			Guttus ático barniz negro.		Cuenta.	Tabas.		S/n.

YACIMIENTO	M E T A L E S						R A M I C A S					VIDRIO	HUESO	ESCULTURA Y VARIOS	ARQUITECTURA Y URBANISMO Otras Precisiones	
	BRONCE		HIERRO		ORO y PLATA	PLOMO	Arcaizante común	IBERIA	GRIS	BICROMA	IMPORTADA					Coroplastia y otros
	Suntuario	Utensilios	Armas	Utensilios												
	Fib. anulares.		Falcatas, solifé- rea.												Cáscaras huevo avestruz.	S/n.
																S/n.
	Placa rectangu- lar.	Anzuelos.													50 tabas.	S/n.
TUMBAS Exc. Figuera Pacheco																Sepultura 25.
																Sepultura 43.
																Sepultura 55.
																Sepultura 81.
																Sepultura 100.
																Sepultura 114.
																Sepultura 124.
																Sepultura 128.
																Sepultura 143.
																Otras tumbas sin numeración.
LA ALCUDIA Poblado	Fibulas.	Esquilas.														Murallas, calles ibéricas mismo traza- do que los romanos posteriores.
LA ESCUERA Poblado		Punzón, placa.	Espada fragmen- tada.	Cercos puerta.												Muralla de grandes piedras a seco, torre cuadrada.
EL MOLAR Necrópolis	Fibula.		Lanzas, regatón.													Sepultura 8 en una caja de argamasa.
		Restos.														Sepultura 15.
	Anillos, tubitos truncocónicos.															Sepultura 16.
	Broches 3 gar- fios, broche ser- pentiforme, fib. anul., pasador en T, tubos tronco- cónicos.	Braserillos, cla- vos, esquilas.	lanzas, falcatas, soliferreum, pu- ñal recto, su vai- ña, regatones.	Cuchillos afalca- tados.	Pendientes, ergarce, pul- seras plata, broche cintu- rón con pla- ca de plata.											Caja rectangular de piedra, figu- ra de toro y de león.
CABEZO LUCERO Poblado y Necrópolis	Fibulas anulares.															Varias escultu- ras de toros.
SAN ANTONIO Necrópolis																Noticia de unas 600 tumbas.

cuenca del Bajo Segura, y entrambas constituyen una vega baja encerrada en una cubeta por las montañas occidentales, en la que se señalan dos núcleos esenciales; en función del paso del Segura, bien por las tierras bajas de la desembocadura, aprovechando el cordón de dunas que no se inundan: La Escuera, El Cabezo Lucero, El Molar; bien en la zona del curso algo más alto, en la orla montañosa de las sierras limítrofes, con los poblados de la sierra de Orihuela y de Redován, entre la sierra de Callosa de Segura y esta última.

Con esto quedan señaladas las grandes zonas en que se pueden dividir la región contestana. Un estudio más profundo y más rico en datos, que

podrá hacerse algún día, cuando éstos abunden más, podrá determinar si este avance de división interna puede además confirmarse con la presencia de unas distinciones de tipo arqueológico que lo justifiquen. En todo caso, el intento de establecimiento de una red viaria, teniendo en cuenta las necesidades de aquella edad, y sus posibilidades, podrá proporcionar mayor luz sobre los fenómenos de difusión interna, en la espera de que nuevos hallazgos, o un análisis más meditado de los existentes en función de aquéllos nos muestre con mayor claridad facetas hasta el momento desconocidas y que pueden ayudar muy mucho a la mejor intelección de lo que fue lo que llamamos cultura ibérica en toda esta zona.

(1) Cf. E. ALBERTINI, *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*, París, 1932, 14.

(2) Véase el manuscrito de mi Memoria de Licenciatura, *Las cuevas de enterramiento múltiple del Eneolítico en la Región Valenciana*, Valencia, 1964, depositada en las bibliotecas del Laboratorio de Arqueología de la Facultad de Letras, y en la del SIP de Valencia. Un avance de conclusiones con las tablas completas de materiales se publicó en el trabajo *Estudio de los megalitos portugueses por los Leisner y las cuevas de enterramiento múltiple del País Valenciano*, A. P. L. XI, 1966, 81-90.

(3) B. BERDICHEWSKI, *Los enterramientos en cuevas artificiales del Bronce I Hispánico*, Madrid, Bibl. Praeh, Hisp., VI, 1964.

(4) G. y V. LEISNER, *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel, I, der Süden*, Berlín, 1943, cf. lám. 172.

(5) Vide o. c., nota 2.

(6) J. VILA VALENTI, *El «Campus spartarius»*, Homenaje al profesor Cayetano de Margelina, Murcia, 1961-62, 337-44.

(7) Véase para esta etapa las dos síntesis recientes de TARRADELL, *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización*, Valencia, 1963, 129-180; y *La cultura del Bronce Valenciano, nuevo ensayo de aproximación*, Miscelánea Pericot, Papeles del Lab. de Arq., 6, Valencia, 1969, 7-30. Los puntos de vista del que esto escribe al respecto pueden verse compendiados en *El poblado de la cultura del Bronce Valenciano de la Serra Grossa, Alicante*, ibídem, págs. 31-70.

(8) M. SANCHIS GUARNER, *Història del País Valencià*, I, Barcelona, ed. 62, 1965, 213-14.

(9) Una explicación más pormenorizada de la cuestión puede verse en E. A. LLOBREGAT, *Castillos y Fronteras medievales en la provincia de Alicante*, Castillos de España, 70, 1970, 130 ss.

(10) J. MARTINEZ ALOY, *G. G. R. V.*, Provincia de Valencia, I, Barcelona, A. Martín, s. a., 272-73.

(11) G. VIDAL TUR, *Un obispado español: el de Orihuela - Alicante*, Alicante, Excma. Diputación Provincial, 1961, passim.

(12) Este concepto de la *no man's land* medieval aparece acuñado en el agudo ensayo de J. V. MATEO, *Alacant a part*, Barcelona, 1966, 28.

(13) M. SANCHIS GUARNER, *La llengua dels Valencians*, Valencia, 1960, 51 ss.

(14) F. FIGUERAS PACHECO, *G. G. R. V.* Provincia de Alicante, Barcelona, A. Martín, s. a., 228, nota.

(15) Abunda en estos datos y en la explicación del descenso de la lengua catalana en la región de Orihuela antes de las drásticas medidas fruto de la Guerra de Sucesión, V. M. ROSSELLO, *Oriola - Orihuela, punt de mediació civil*, Lluç, revista de les Illes, Febrer, 1970.

(16) Muy de pasada, pero quizá en relación con substratos lingüísticos medievales, hay que señalar el hecho de que la divisoria provincial actual entre Murcia y Alicante presenta una característica lingüística diferencial: en Alicante se *sesea* mientras en Murcia se *cecea*. Así lo señalaba en una entrevista que concedió al corresponsal del diario de Alicante *Información*, el 26 de noviembre de 1969, el profesor J. Guillén García, que a la sazón preparaba una tesis doctoral sobre el habla de Orihuela.

(17) Cf. la nota de J. RODRIGO PERTEGAS en el tomo de la *G. G. R. V.* Provincia de Valencia, I, página 229: «Desde la orilla izquierda del Júcar hasta muy cerca de la derecha del Turia y en una anchura de algunos kilómetros hacia poniente, existía un extenso lago que comunicando con el primero de dichos ríos cerca de su desembocadura servía como de receptáculo a parte de sus aguas que en él se remansaban separándose de su curso natural al mar... este lago y la ancha faja de tierras pantanosas que lo rodean... comprendía la Albufera que ahora lo representa y las actuales marjales, tierras de arroz y tal vez también huertas de los términos de Cullera, Sueca... hasta Ruzafa y Valencia».

(18) Cf. J. MARTINEZ ALOY, *G. G. R. V.* citada, Prov. de Valencia I, 66, nota 89.

(19) Probablemente, en el caso de las tierras desérticas, al sur del Segura, hay que pensar que formaron parte por completo o en forma de retopais del gran vacío representado por el Campus Spartarius.

(20) Así ocurría cuando se redactaba el cuerpo fundamental de este texto en 1966. Al revisarlo para la imprenta en 1971 la visión es muy diversa. Una prospección cuidadosa de la zona, que ha ido llevando a cabo en los años últimos el colaborador del SIP don José Aparicio, ha sacado a la luz una interesante serie de yacimientos en la comarca de Enguera, que aún no han sido publicados en extenso, y que al parecer se relacionan estilísticamente con el mundo edetano en cuanto a la cerámica.

(21) Así en lo geográfico, mientras que históricamente Villena fue un Marquesado independiente y Caudete un enclave o isla del reino de Valencia dentro de país extranjero. Véase para mayor abundancia de detalles el estudio de J. M. SOLER GARCIA, *La relación de Villena de 1575*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1969.

(22) V. M. ROSSELLO VERGER, *Ensayo de una división comarcal de la provincia de Alicante*, Saitabí, XIV, 1964, 157 ss.

(23) A. LOPEZ GOMEZ, *La región Valenciana*, en la Geografía General de España y Portugal dirigida por M. de Terán, vol. IV, tomo 2.º, Barcelona, Montaner y Simón, 1966.

(24) M. SANCHIS GUARNER, *Els pobles valencians parlen els uns dels altres, II, sector meridional*, València, L'Estel, 1965.

(25) P. PEREZ PUCHAL, *Las densidades demográficas de la región valenciana*, Estudios Geográficos, XXIX, 112-13, 1968, 475 ss.

(26) F. FIGUERAS PACHECO, *El puerto de la Albufereta*, Alicante, 1955.

II. ESTUDIO DE LOS YACIMIENTOS MEJOR CONOCIDOS DE LA CONTESTANIA

Comienza en este capítulo el análisis de lo que ha de proporcionar las bases esenciales para el estudio de la cultura material, y a través de él, de todos los otros rasgos de la cultura, de lo que fue el mundo ibérico en los límites geográficos que ha demarcado y que damos en llamar Contestania.

Son estos los yacimientos excavados, en mayor o menor grado, no los conocidos por meras prospecciones. Ciertamente el conocimiento que tenemos de todos ellos es diverso: así hay yacimientos prácticamente agotados, como la necrópolis de La Albufereta, la de Oliva o la del Molar. Otros son ampliamente conocidos, como La Bastida, como Covalta, como La Serreta o La Benimaquía. Otros en fin, son o han sido objeto de solas catas, que dan idea del material y poco más como el Puig, El Tossal de la Cala o el de Manises, La Escuera, El Xarpolar. De cualquier modo hay un denominador común para todos ellos: el mejor conocimiento que de los tales se tiene, frente a la vaga noticia proporcionada por una prospección. Por ésto los agrupo todos, por un orden esencialmente geográfico, de Norte a Sur y de Oeste a Este.

Siendo esencialmente diversas las noticias, distintos los autores, variado el conocimiento que de los lugares tenemos, es imprescindible el hacer una crítica de la validez de sus afirmaciones en cada caso, para poder aprovechar cuanto de útil la investigación contemporánea ha podido reflejar sobre materiales y estudios antiguos, que no gozaron del uso de las novedades ulteriores. Esto es tanto más preciso cuanto que la fecha de las cerámicas importadas de Grecia propia, de la Magna Graecia, y del sur de Italia posteriormente, se ha afinado de una manera inesperada en los últimos lustros, y por suerte, hoy disponemos de estudios garantes —alguno in-

cluso sobre materiales esencialmente contestanos— que permiten unas precisiones que estaban muy lejos de poderse alcanzar en el momento en que muchos de los yacimientos que he de comentar se publicaron. Estas fuentes se citarán en su lugar, pero conviene señalar aquí las dos publicaciones capitales que permiten el cambio de cronologías que propugnaré en muchos casos.

Para las cerámicas griegas decoradas, tanto de la propia Grecia como de la Magna Graecia, encontradas en España, la fuente más moderna y completa es el estudio de Gloria Trías Rubies, **Catálogo de las cerámicas griegas decoradas de la Península Ibérica**, 2 vols. Valencia, Fundación Bryant, 1967-68. Las cerámicas griegas de barniz negro, y campanienses, han sido estudiadas por N. Lamboglia, **Per una classificazione preliminare della ceramica campana**, Atti del I. Congresso Int. di Studi Liguri, 1950. Bordighera, 1925, que ha sido el libro de cabecera de todos cuantos estudian estas épocas. Con posterioridad a la primitiva redacción de este trabajo, han aparecido precisiones sobre la obra de Lamboglia, que se han utilizado en lo posible (1).

De un notable interés porque me han permitido estructurar mentalmente muchos problemas de relaciones y de cronología cerámica, son los trabajos preparatorios para el **Estudio tipológico de la cerámica ibérica**, de M. Tarradell, en los que colaboré ampliamente. Ello me ha permitido estructurar las dos grandes épocas de la cerámica ibérica y la diferenciación tipológica que se verá en el capítulo dedicado a las cerámicas.

Con estas bases ceramológicas, el estudio adquiere una mayor solidez, de la que por necesidad carecían los efectuados anteriormente sin

Fig. 7 Yacimientos arqueológicos más notables de la Contestania.

